

00166

Dr Humberto Bronx

Compilación,ólogo y Elección

PORFIRIO BARBA JACOB

24

COLECCION "ACADEMIA ANTIOQUEÑA DE HISTORIA"

PROLOGO

Cuando leí por primera vez a Barba Jacob, apenas adolescente, me impresionó su lirismo atormentado y la nota modernista de su tono poético. Pero también la nota voluptuosa de algunas de sus estrofas, ya que sus comentaristas de prensa casi no citaban sino sus poesías sensuales. Este Júpiter sensual, pensaba yo, bajará algunos pedruzcos del pedestal en que lo han entronizado. Después me propuse leerlo con detención y me formé una imagen mejor del poeta de Santa Rosa, sin duda uno de los diez o doce grandes líricos colombianos. Por muchos años su figura de poeta estuvo aureolada con el nimbo maldito de sus desórdenes morales, su inversión amorosa y su afición a paraísos artificiales.

Oh insaciedad del hálito y la nébula,
y el amor y el impulso y el anhelo"
No un dios pagano, pero sí su rastro.

No el himno divo, pero sí el suspiro,
No el mármol, mas el plinto de alabastro
Y una sensualidad de antiguo giro. (1)

(1) De "Acuarimántima".

Una bacante loca y un sátiro afrentoso
conjuntan en mi sangre su frenesí amoroso.
Atenas brilla, piensa y esculpe Praxiteles,
y la gracia encadena con rosas la pasión.
¡Ah de la vida parva que no nos da sus mieles,
sino con cierto ritmo y en cierta proporción
Reid, danzad al soplo de Dionisios
que embriaga el corazón.

La muerte viene, todo será polvo
bajo su imperio; polvo de Pericles,
polvo de Codro, polvo de Cimón'

Mi vaso lleno —el vino del Aanáhuac—
mi esfuerzo vano —estéril mi pasión—
a beber, a danzar al són de mi canción (2)

Mi mal es ir a tientas con alma enardecida,
ciego sin lazarillo bajo el azul de enero;
mi pena, estar a solas errante en el sendero;
y el peor de mis daños, no comprender la vida.

Y sin embargo siento como un perenne ardor
que en el combate estéril mi juventud inmola..
Oh noche del camino, vasta y sola
en medio de la muerte, y del amor (3)

Yo no sabía que la paz profunda
del afecto, los lirios del placer

(2) De "Balada de la loca alegría".

(3) De "Antorchas contra el viento".

la magnolia de luz de la energía
lleva en su blando seno la mujer.

Mi sien rendida en ese seno blando
un hombre de verdad quisiera ser.....
Pero la vida está acabando,
y ya no es tiempo de aprender. (1)

Las estrofas son muchas en su obra poética, pero bastan las transcritas, para ver claramente vertido en ese vaso de sus versos, el remordimiento o la nostalgia de una vida amorosa normal y tranquila. Las citas podrían ser muchísimas más, porque este lírico, grande entre los grandes del habla castellana, desnudaba su alma en el verso, con un acento y un tono, una medida y un lamento, que se graban con buril de fuego en la fantasía del lector .

Los creadores de belleza artística, de manera especial el poeta y el novelista, vierten casi siempre la interioridad de su alma y su conciencia atormentada en sus obras literarias. Y como la época en que más novela y poesía se lee es en la adolescencia y en la juventud, edades esencialmente emotivas, sentimentales y románticas, amigas de ver todo a través del "diáfano velo de la fantasía", los grandes líricos entusiasman. Y como siempre hay jóvenes; y como todos los hom-

(1) De "Lamentación de Octubre".

bres y mujeres viven de los recuerdos de esa edad, tesoro de la vida, la popularidad de poetas como Barba Jacob permanece.

Hoy se publican más novelas que libros de versos. ¿La razón? Al parecer reside en el hecho de que los poetas, todos nuestros grandes poetas, como Barba Jacob, muchos de ellos todavía vivos, pero ya con la lira colgada o agotados en su creación artística, acostumbraban crear en sus poemas y hasta en sus sonetos, una historia, un drama, una tragedia, una novela corta, un cuento romántico o fantástico, todo ello con derroche admirable de consideraciones filosóficas populares, de experiencias vitales y de idealismo espiritualista o nostalgia al menos de ese mismo idealismo, que eternamente han sacudido al hombre. Hoy la poesía se ha convertido en juego de palabras que después de leerla, uno se pregunta: ¿qué tema presentó aquí el poeta? ¿Qué frase, qué verso, qué estrofa me provoca aprender inmediatamente de memoria? Y como la respuesta es negativa, todo ese oropel de adjetivos y frases rimadas pasan por sobre la memoria y la sensibilidad del lector, como el agua sobre el plumaje de las aves, sin penetrar. Y así como el ave, con solo sacudir las alas, queda tan limpia y seca como minutos antes de la lluvia, el lector, transcurrida la lectura de la moderna poesía, queda tan carente de nuevas ideas, como antes.

Esa poesía auténtica que Caro llamaba celeste música de pensamientos, es la que atrae y perdura contra los embates inmisericordes del tiempo.

Rafael Maya asegura que el clasicismo colombiano es formal y proviene del innegable celo del escritor de esta nación por la pureza idiomática, por la corrección gramatical. Bogotanos fueron dos de los más grandes orientadores que ha tenido en Hispanoamérica el idioma de Cervantes. "Algo de las ciencias filológicas y gramaticales, cultivadas por ellos, ha pasado al común de los escritores nacionales, de modo que la literatura colombiana se acredita, entre las varias del continente, como la más correcta y castiza. Caro, Cuervo, Carrasquilla, Suárez son eslabones áureos en la cadena del pensamiento nacional".

Nuestro crítico literario dice que la escuela literaria del clasicismo imitado, malogró grandes talentos y que la campaña libertadora de Bolívar no tuvo adecuada resonancia en las liras. "Los cañonazos de Bogotá no fueron escuchados en el Monte Parnaso, porque, comparados con la grandeza de los cuadros que ofrece la gesta emancipadora, los cantos de José Fernández Madrid o de José María Salazar, el rionegrero, son obra de gabinete, amoldadas a la poética de Boileau. El mismo José Joaquín Ortiz, de entonación mucho más robusta, no alcanza a recoger todos los rayos

que parten de la frente de Bolívar, para devolverlos en centellas líricas". Pero Francisco Antonio Zea, el prócer de Medellín, es considerado por Maya como el verdadero cantor de esa realidad portentosa ya que ninguno de los poemas de entonces supera en fuego y arrebatado a los discursos del ilustre botánico y diplomático. Zea comprendió claramente la grandeza de la hora que alcanzaba; sintió a Bolívar como ninguno y llevó en el alma el orgullo de la joven nacionalidad, mitológicamente arrebatada a la noche de la esclavitud. Su mismo estilo diplomático alcanza temperatura lírica, circunstancia que admira más, si consideramos que el gran prócer era hombre de ciencia, habituado al tecnicismo de las clasificaciones. Pero tal era la hora, que los simples naturalistas se convertían en visionarios y profetas".

(1)

DOS GRANDES LIRICOS COLOMBIANOS SON ANTIOQUEÑOS

La "Academia Antioqueña de Historia" entrega este volumen de su colección, dedicado a un gran lírico colombiano, Porfirio Barba Jacob, nacido en Santa Rosa de Osos. Unánimemente, los crí-

(1) Rafael Maya: "Consideraciones Críticas sobre la Literatura Colombiana". Bogotá 1944. Editorial Voluntad, p. 19.

ticos literarios, lo consideran estrella verdadera en el cielo de la literatura colombiana.

Es representante del modernismo. Así como Antioquia posee las figuras clásicas de Marco Fidel Suárez y Tomás Carrasquilla, ostenta también entre los modernistas a dos líricos incomparables, que entraron ya, por la puerta abierta de la historia, al campo de la inmortalidad.

En el libro, **“Poemas de Colombia”**, de la Academia Colombiana de la Lengua, publicado como resultado de la idea del Profesor Luis López de Mesa de hacer una encuesta entre los académicos sobre cuáles serían, a su juicio, las diez mejores poesías del parnaso colombiano, se encuentran datos interesantes. Treinta y dos votantes hubo y el único poeta colombiano que obtuvo esos treinta y dos votos fue Guillermo Valencia. Referente a este, López Narváez fue de opinión que de **“RITOS”** no más, podrían salir los diez mejores poemas colombianos de toda y para toda época de nuestra lírica mayor: **Anarkos, Los Camellos, Leyendo a Silva, Cigüeñas Blancas, San Antonio y el Centauro, Palemón el estilita, En el Circo, Las dos Cabezas, Moisés y Caballeros Teutones.** Siguieron con treinta votos, Rafael Pombo; con veintisiete, José Asunción Silva; con veinticuatro, Miguel Antonio Caro y Diego Fa-

llon; con veintiuno PORFIRIO BARBA JACOB. Bajaron después los votos a diez para GREGORIO GUTIERREZ GONZALEZ.

Las mejores poesías, según ese escrutinio famoso fueron:

- 1 La luna, de Fallon, 22 votos
- 2 Nocturno, de Silva, con 21
- 3 A la estatua del Libertador, de Caro, con 19
- 4 Constelaciones, de J. E. Rivera, con 19
- 5 De Noche, de Pombo, con 13
- 6 CANCION DE LA VIDA PROFUNDA, de BARBA JACOB, con 9
- 7 En alta mar, de J. E. Caro, con 7
- 8 San Antonio y el Centauro, de Valencia, con 7
- 9 Anarkos, de Valencia, con 6
- 10 Aures, de Gutiérrez González, con 6

En ese escrutinio, como escribió el P. Félix Restrepo, son estrellas de primera magnitud en nuestro cielo poético, Valencia, brillante como Sirio; Pombo, Silva, los dos Caros (Miguel Antonio y José Eusebio, su padre); Fallon, Rivas Groot y Porfirio Barba Jacob. (1)

“En los versos de Barba Jacob, como en las basílicas, se respira desde la entrada una atmós-

(1) “Poemas Colombianos”, Antología de la Academia Colombiana, Medellín 1959, p.p. 11 y 12.

fera de eternidad. Las palabras, las imágenes, las evocaciones poéticas, el acento particular y el ritmo exclusivo de esa poesía tienden al tono secular de las odas y elegías paganas. Un grito lúgubre atraviesa el ambiente de la obra del poeta, dice Manuel José Jaramillo. Y Rafael Maya, quien insiste en el tono de su poesía, opina: “se nos ofrece este poeta como un cantor apasionado y hondo de motivos universales.

“Es el tono aquello de excepcional y único en Barba Jacob. Sus temas pertenecen al viejo repertorio romántico; su verso, de corte auténticamente modernista, recuerda a Darío; pero su acento es inconfundible. La poesía de Barba Jacob es un lamento, más de bestia herida que de mortal atribulado. Es un poeta humano y artista consciente, pues no obstante lo impetuoso de su caudal emotivo, sabe atemperar su propio grito con la sordina de una voluntad estética deliberada. Su “Canción de la vida profunda” es un poema grávido y ligero al mismo tiempo, de esos que calan hondamente en la conciencia de un pueblo y de una raza, en parte por el ritmo de que están dotados y en parte porque expresan, de manera insustituible, pensamientos pertenecientes a esa filosofía del sentido común, que suele hablar por boca de los grandes desengañados. Así son las Coplas de Manrique; las Golondrinas, de Becquer;

la "Canción de otoño en primavera, de Darío; aciertos únicos de un autor que, aun cuando ostenta toda una obra poética excelente, sólo una vez se empina a contemplar los más amplios horizontes humanos y habla con voz que pertenece a los siglos. Barba Jacob cierra la serie de nuestros excelsos líricos" (1). Elogio mayor, es difícil hacerlo, a un poeta grande, entre los grandes que ha dado Suramérica.

Barba Jacob, constantemente alude a la niñez, a los niños, a la inocencia y placidez de la edad inocente. No en la misma forma que Gutiérrez González, pero sí con permanente nostalgia de ese país bendito, que no vuelve, porque no segunda vez naceremos.

En su poesía "Los Niños", dice:

Los niños son tranquilos y suaves:
trino en la noche, lampo de la aurora,
sus risas puras y sus ojos graves.

Divinamente saben la canción
del prodigioso ritmo sub-oído
que hace regocijar el corazón;
y en los brazos abiertos de la noche
gustan la maravilla del olvido
Y olvidan luz y amor y goce y pena

(1) Rafael Maya, obra citada, p.p. 43 y 44.

y la trisca pueril en los senderos
donde se imprime en la menuda arena
el tibio rastro de sus pies ligeros.

... y ellos ricos del reino de los cielos
jamás economizan sus tesoros.

En "Sueños de Acapulco" leemos:

Sobre las playas de la Muerte, un día
ella y yo nos pusimos a jugar..

De las guirnaldas de aquel dulce juego
un niño adviene; un nardo tremulante.

Son sus ojos dos gotas de inocencia:
las gotas diamantinas del amor
sensual trocado en un sublime amor...

Y he visto ya los niños fraternales
jugar del campo en el sopor profundo
en armoniosas luchas irreales;
y, del tiempo en los giros limitados
crecer, ... amar... y renovar el mundo
(De "Acto de agradecimiento").

Su propia niñez la recuerda en forma inimitable
y preciosa cuando dice:

Recuerdo... hace treinta años estuvo aquí mi
(cama;

hacia la izquierda estaban la cuna y el altar...
Decidme, y por los techos aun fluye y se derrama
de noche, la armonía del agua en el pajar?

Recuerdo.... Eramos cinco.... Después, una
(mañana

un médico muy serio vino de la ciudad.
hizo cerrar la alcoba de Tonía y la ventana...
Nosotros indagábamos con insistencia vana,
y nos hicieron alejar.

Tornamos a la tarde cargados de racimos,
de piñuelas maduras, de gajos de arrayán;
La granja estaba llena de arrullos y de mimos:
Y éramos seis. Había nacido Jaime ya"...
(De "Parábola del Retorno")

El dulce niño pone el sentimiento
entre la pompa de jabón que fía
el lirio de su mano a la extensión
El dulce niño pone el sentimiento
y el contento en su pompa de jabón.

Yo pongo el corazón —pongo el lamento—
entre la pompa de ilusión del día
en la mentira azul de la extensión...
El dulce niño pone el sentimiento
y el contento. Yo pongo el corazón.
(De "Pompas")

Para su poesía "La Infanta de las maravillas",
Barba Jacob se transporta, para decir cosas muy
profundas y humanas, a los cinco años:

Un día en mi niñez. Crepúsculo inefable
y, sin saber por qué, yo en la campiña profunda.

Brillaban unas flores en toda la campiña
y absorto en mis cinco años, temblando interro-
(gué:
Madre, qué flor es ésta? La flor de las maravillas.
Un día en mi niñez y sin saber por qué...

Cuando Gutiérrez González escribió, refiriéndose a la niñez: ¡Oh! quién pudiera volver a aquellos tiempos, Barba Jacob dijo:

“Yo no sabía que tu sol, ternura
da al cielo de los niños rosicler,
y que, bajo el laurel, el héroe rudo
algo de niño tiene que tener.

Oh! quién pudiera de niñez temblando,
a un alba de inocencia renacer”...

(De “Lamentación de Octubre”).

En la obra poética de Barba Jacob, claramente se ve que dejó huella imborrable todo cuanto hizo, cuanto vio y cuanto sintió en Sta. Rosa de Osos y en Angostura, como maestro, en contacto con los niños.

Por eso dice en su poesía “Paternidad”:
Era aquel niño vivo y fino
y lindo cual lirio de abril;
a través del cristal yo veía
de su boca el puro rubí.

—Pequeñuelo, te doy mi granja,
mi pan, mi afecto: mora aquí.

—Mi viejo padre gana el pan de cada día
y es dichoso con mi amor.
Yo comprendí.

Oh plenitud! y desde entonces
a ningún padre odio jamás.
Toda miseria la redime
una corona paternal.

Quien tiene un niño, ha ejercitado
divinamente el dón de crear.
Quien tiene un niño sublima el mundo
y lo nutre de eternidad...

Y en su poema, "Tragedias en la oscuridad",
alude claramente a la vida inocente cuando dice:

Yo soy aquel viajero transitorio,
sombra no más en la florida tierra,
de fe sediento y de virtud avaro
el crepúsculo gris la noche cierra
el cielo es hondo, y opalino y claro...

Quiero expresar mi desazón suprema
y florecer en la virtud del verso;
yo soy Main, el héroe del poema,
que vio desde los círculos del día
lúgubre y pavoroso el Universo.

Tal vez, a esa edad tranquila alude el poeta
hermosamente en su poesía "El Pensamiento per-
dido" cuando dice:

**Yo tuve un pensamiento de inspiración divina,
seguro como un monte y arduo como un amor;
encerraba el misterio de la concha marina,
del vuelo de las águilas, del ritmo y de la flor.**

**Jamás lucero alguno vertió desde la altura,
sobre el escueto páramo, más dulce claridad,
que el pensamiento mío sobre mi carne impura,
por él bañada en lampos de ardiente castidad.**

Finalmente, en el "Cincuentón", habla claramente del "algo eternal que tiene el alma del pasado", cuando dice:

**Precaria juventud la que culmina
como en tiempo de otoño el campo verde,
y a los treinta años tiénese y declina
y en la temblona ancianidad se pierde.**

**Oh! no puede morir. Ella difunde
vigor perenne a un ritmo encadenado;
en cada instante efímero transfunde
algo eternal el alma del pasado.**

El olvido que viene tras la muerte, hizo temblar muchas veces a Barba Jacob. Y lo expresó en versos inmortales. Precisamente, ese numen de las tumbas oscuras y solas que van quedando cada vez más anónimas, hasta nadie saber de quien encierran osamentas vueltas polvo, lo inmortalizó también. Porque muchas de sus poesías, tal vez las más admirables y eternas, ha-

blan con voz inconfundible (del poeta que vivirá mientras haya quien se extasíe ante la hermosura del universo) de la terrible muerte, que a todos nos espanta y abre las puertas de aquello donde no hay tiempo ni hay espacio.

En "Triste Amor", dijo:

No hay nada grande, nada, sino la Muerte. En vano
querrá un ardiente Numen, tras líricos empeños
aprisionar la turba de los silfos risueños
o descubrir las líneas de un rostro sobrehumano.

Las cosas son la espuma del tiempo en nuestra
mano;
la gloria es eco de una proeza urdida en sueños;
joyeles y palacios de exóticos diseños
son fábrica de niebla, ruido del océano.

Y vosotros rosal florecido,
lebreles sin amo, luceros, crepúsculos
escuchadme esta cosa tremenda: HE VIVIDO!
He vivido con alma, con sangre, con nervios,
con músculos y voy al olvido...

(De "Elegía de Septiembre").

A sí mismo se definió cuando escribió "Futuro":

Decid cuando yo muera (y el día esté lejano!)
soberbio y desdeñoso, pródigo y turbulento,

en el vital deliquio por siempre insaciado,
era una llama al viento...

Vagó sensual y triste por islas de su América;
en un pinar de Honduras vigorizó su aliento;
la tierra mejicana le dio su rebeldía
su libertad, sus ímpetus... Y era una llama al
viento.

De simas no sondadas subía a las estrellas;
un gran dolor incógnito vibraba por su acento;
fue sabio en sus abismos - y humilde, humilde,
humilde
porque no es nada una llamita al viento.

Y supo cosas lúgubres tan hondas y letales
que nunca humana lira jamás esclareció
y nadie ha comprendido su trágico lamento.
Era una llama al viento y el viento la apagó.

En su amado poema "Acuarimántima", hay
tres estrofas que pudieran ser epitafio para su
tumba; que pueden ser corta y deslumbrante au-
tobiografía, como la anterior:

Yo descendí de la antioqueña cumbre
de austera estirpe que el honor decora,
el alma en paz y el corazón en lumbre
y el claro sortilegio de la aurora
bruñó mi lira y la libró de herrumbre.

Que mi rumor se extinga, tenue
ola en onda, onda en pompa, pompa en iris

como vágulo aroma en la memoria
y me reintegre a la epopeya trunca
en la ciudad de nieblas de mi gloria.

Y el ancla suelte a místicas regiones
no humano ya mi desear; divino
mi poseer

mientras en el desmayo del crepúsculo
rueda sobre los ásperos terrones
el carro del campesino
y fulgura, real, tras el velo de mis lágrimas
erigida por mi dolor con el mármol de mi poesía
y mía, mía!, mía!
mi nebuléa, azulina Acuarimántima.

Esa Acuarimántima, inventada por el gran poeta, es la gloria, la gloria, la gloria inmortal de uno de los grandes líricos colombianos.

En "Canción Ligera" y a pesar de haber dicho cosas tan sentidas y tan bellas, como poeta, se ve claramente que a los poetas los atormenta lo inefable de ciertos momentos plácidos e inspirados de la vida:

Si acongoja un dolor a los humildes,
o si miran un valle, un monte, un mar,
dicen tal vez: "Dichosos los poetas
porque todo lo pueden expresar".

¡Ah! pero en el misterio en que vivimos,
la cotidiana y múltiple emoción

como no encuentra ritmo que la cante
se ahoga en el sepulto corazón.

Y están sin voz el oro de los trigos
el sol del viento en pugna por el mar
la luz que brilla, el grito que se apaga
y el llanto de la noche en el palmar.

Y están sin voz, perennemente mudos
sin quien venga su espíritu a decir,
el sol, la brizna, el niño y el terrible
prodigio del nacer y del morir.

Y nosotros, los míseros poetas
temblando ante los vértigos del mar
vemos la inexpresada maravilla
y tan solo podemos suspirar..

El mismo habla de "nueve antorchas contra el viento" y las llama perfectas poesías "porque he expresado a trazos mi concepción del mundo, mi emoción, mi alarido, la robustez varonil de mi alma en el dolor de la vida, de la dulce y trágica vida como yo quería expresarlos: con un acento personal lleno de dignidad, dando fulgencia a las palabras, aliñando la música hasta sus últimos matices. "Mi poesía es para hechizados. Aunque se manifiesta generalmente con una apariencia de tranquilidad, está llena de temblores, de relámpagos, de aullidos. Hay que desentrañarla, no en la complejidad de sus pensamientos sino en la

complejidad de sus emociones. Yo soy hombre de tono profundo”.

“Yo entrego mi trigo, seguro de que va en él la savia de su campo. La posteridad separará las gavillas pequeñas y vanas, las que brillan menos por la madurez de los granículos que por el vívido oro de las pajuelas. Se me reducirá acaso a unas cuantas páginas de antología, con la asignación de “errabundo y extraviado”. Pero algún grito mío subsistirá porque por mi boca han hablado el dolor, el terror y la esperanza”. (1)

El mismo se define pues como poeta de temblores, relámpagos y aullidos, porque en su boca habla el dolor. Y de allí ha resultado que sus críticos han hablado siempre del poeta Barba Jacob como hombre que tiene en sus cantos alaridos de bestia herida. Otros hablan de Barba Jacob como de un fauno lírico, un poeta maldito, un hombre de dos personalidades: ángel y demonio; bueno y sencillo y demoníaco, lúgubre y amargo..

El remordimiento de su vida bohemia, lujuriosa y sensual, de la que hizo materia de muchos versos, ya que nunca ocultó su situación, se trasluce en estas palabras de una carta enviada al Dr. Alfonso Mora Naranjo, cuando éste tenía 18 años:

(1) Porfirio Barba Jacob: “Obras Completas”. Ediciones Académicas. Medellín 1962, p. 105.

“El donjuanismo, condenado tan valientemente por Miguel de Unamuno; el tenorismo, la literatura erótica son síntomas de degeneración. No cultive usted estas lacras morales. Ame, ame siempre con pureza y esa pureza se manifestará, aun sin usted advertirlo, en sus mejores cantos. Nada hay más grande que la pureza apasionada de un grande amor. Usted es un joven de 18 años. No deje que se muera el niño que hay todavía en usted. No olvide que el niño, quizás por estar tan cerca de Dios, puesto que de él acaba de llegar, atesora virtudes divinas. Defienda usted siempre sus virtudes divinas. Recuerde que todos los grandes hombres han sido castos.

“No le encarezco ahora otras virtudes, porque por sus cartas he visto que usted no tiene tendencias a ningún vicio. Si lo prevengo contra el de la lujuria, es porque es el enemigo que va con nosotros, es el que ha hundido mi vida y sé que es el más difícil de vencer. Rechácelo si llega a su puerta; rechácelo en nombre de la Religión, de la Familia, de la Sociedad, de la Gloria, y, en último caso en nombre de la Fisiología”...

Eso sí: Barba Jacob fue un pecador pero creyente y con la esperanza puesta en Dios, a pesar de sus extravíos. En su poesía, en sus cartas y en su intimidad, siempre se manifestó católico y con la fe firme en los dogmas y en el

temor de la muerte. Amaba la soledad, y su estro poético, su numen lo confortaban como él mismo dice: "Soy uno de los seres que más gozan en la soledad, que más consuelos saben resumir en los esplendores de la naturaleza". No hay pesadumbre, por ruda que sea, que no se me disipe cuando asoma sobre la paz de los campos la estrella de la tarde. La vida es triste, dice en otra carta; los afectos más caros se nos van porque la muerte se los lleva y no nos queda más consuelo que el de las lágrimas. La vida me ha enseñado que un afecto de familia vale más que todas las riquezas del mundo. Ruegue al Ser Supremo por mí".

El amor a Antioquia lo manifiesta en carta dirigida a Francisco Mora Carrasquilla, desde Méjico, en 1937: "Una de mis empresas es la de escribir un libro con el título de NIÑEZ. Ya esta sola palabra te dirá mi propósito. A medida que voy envejeciendo y que advierto en torno mío el profundo cambio del mundo, no solo en lo material, sino en lo social, en lo psicológico, en lo moral, más me convenzo de que a nosotros, en nuestro medio angostureño, nos tocó vivir días de una paz perfecta, en un ambiente de verdadera civilización cristiana, donde la felicidad posible en la vida no era una ilusión sino un hecho. La religión lo penetraba todo como un perfume de suaves fragancias. Yo quiero pintar el cua-

dro de lo que era Antioquia en las postrimerías del siglo XIX y en los principios del siglo XX con toda la fidelidad y sencillez y todo el primor artístico que me sean posibles; y dentro de ese cuadro de maravillas, hacer que se destaquen y se muevan con movimiento natural las grandes figuras de la epopeya familiar, del pueblo, de nuestra raza. Sueño con un libro extraordinario que sea como el testamento de nuestra generación y como un tributo a los que nos engendraron y al mismo tiempo, como un relicario sagrado donde se conserve para siempre el encanto y el aroma de las cosas que fueron”.

A Juan B. Jaramillo Meza, ya en junio 23 de 1941 le dice, presintiendo la proximidad de su muerte: “Ahora soy el viajero que se marcha definitivamente hacia lo desconocido. Pero ya creo en Dios, ha resucitado en mi alma la fe vibrante y consoladora, mi corazón ha vuelto a la niñez. Ya no cultivo mis vicios pero pulo mi obra. Quiero dejarla definitiva, ya que es todo lo que dejo, pues me marchó como nació”

Había escrito:

**Yo tuve un dolor tan íntimo y tan fiero
de tan cruel dominio y trágica opresión,
que a tientas, en las ráfagas de su huracán
postrero,**

fui hasta la Muerte... Un alba se hizo en mi
corazón.

**El día del adiós a todo cuanto amamos
yo evocaré esta hora y me diré a mí mismo
sonriendo virilmente: Poeta, en qué quedamos?
Y llenaré mi vaso de sombras y de abismo
el día del adiós a todo cuanto amamos!**

Y al decir adiós a todo cuanto amaba, ya recuperada la paz del alma, la gracia de Dios y el corazón enardecido en esperanza del Padre del Hijo Pródigo que lo iba a recibir definitivamente en sus brazos, tras una larga ausencia, recibió la Hostia Santa como semilla de inmortalidad en su lengua, próxima a paralizarse para siempre.

Y cuando el sacerdote, en español, le recitó, mientras le ungía los cinco sentidos, "Miguel Ángel: que por esta santa unción y la piadosísima misericordia del Señor, te perdone todos los pecados que cometiste en tu vida, por los ojos, por la boca, por los oídos, por el olfato, por el tacto y por los malos pasos", sollozando exclamó: qué hermosa es la Extremaunción.

En el Cementerio Universal de Medellín reposan sus cenizas, en diminuta urna, pues en Méjico fue incinerado su cadáver. Pero sobre esa tumba, un rectángulo encima del cual se esculpieron unas manos que abanicaban una llama y se escribieron sus famosos versos que terminan:

Era una llama al viento y el viento la apagó, recuerda al que penetra a ese lugar donde duerme en paz la muchedumbre solitaria y donde destruyen la carne muerta, los obreros del sepulcro, que esas cenizas resucitarán. Ya su alma hace 31 años recibió el veredicto del Juez Eterno. Sus obras, especial o casi únicamente sus versos, entraron al Mausoleo de los poetas inmortales de la lengua de Cervantes, donde serán leídos y admirados, por generaciones. Hasta el último sol que ilumine la última desventura de la tierra.

Para que comprendamos cómo es de difícil la crítica literaria y cómo aún grandes literatos se han equivocado al dar opiniones sobre altísimos poetas, leamos lo que Guillermo Valencia, el inmenso, dijo de Barba Jacob: "Porfirio Barba Jacob es un buen poeta pero en manera alguna un maestro. Su famosa "Canción de la vida profunda" no me parece profunda ni poesía esencial; no da una visión trascendente de la vida. Apreciando el conjunto de su obra la juzgo inspirada, inteligible —cosa rara en estos tiempos— y variada. Es un poeta que muestra una intensa vida interior, aunque, no pueda considerarse un maestro. De Antioqueño tiene muy poco". Hay un contraste inmenso con la apreciación del crítico literario Maya, quien opina que es acierto único del autor que, aun cuando ostenta toda una obra poética

excelente, solo una vez se empinó a contemplar los más amplios horizontes humanos y habló con voz de los siglos.

SINTESIS DE SU VIDA

Nació en Santa Rosa de Osos en 1883. Pero la población Antioqueña que se grabó con buril en su fantasía, a juzgar por sus cartas y sus poemas, fue Angostura. Algo parecido al caso de Gutiérrez González: nació en La Ceja, pero la ciudad que fue suya, por lo mucho que la evoca y por el tiempo que vivió en ella es Sonsón.

En Barba Jacob, también dejó más huella Angostura. Desde su niñez se manifestó la rebeldía de su temperamento tempestuoso y alucinado. El mismo la describe así: "Allá en mi Antioquia y en su más áspera porción, donde el cura melifica y amenaza, las madres procrean hijos como la caña de maíz granos y la civilización es dulzura sin inventos y donde la belleza y el vigor, la salud moral y la esperanza, la inteligencia y la lealtad son como flores caídas del manto de Jesucristo. Qué me diste tú Santa Rosa de Osos, ni tú Angostura, ni tú mi nutricia Colombia, para educarme? Una escuela en donde se arremolinaban como ochenta niños, amén de veinte grandezuelos, en un salón sin ventanas;

donde el maestro, cuando no faltaba, era borracho socarrón o caramelo de pedagogía religiosa estuve menos de dos años durante cinco. Fui reprobado una vez y mal reprobado otras dos, porque más valiera la reprobación que aquellas reprimendas por mi falta de estudio.

A los 12 años fue a Bogotá a reunirse con sus padres, de los que no conservó perfectos y gratos recuerdos, pues dice claramente que lo llevaron con engaños: "dijose que mi padre navegaba en vientos propicios; era una eminencia entre los empleados, ganaba buen sueldo y quería enviarme a París. Pero no había tal prosperidad. Mi madre continuaba ganándose la vida con sus clases de guitarra. La vida resultaba estrecha y me la hacía más la falta de caridad de mi madre Pastora para juzgar a mis abuelos. Viejo orgullo de una mujer que descendía del prócer Benítez, había sido rica y tañía su guitarra como el sol tañe estrellas, y hallándose casada con un abogado poco juicioso, hijo de esos campesinos de Tenche y del San Pablo, que después de todo ni eran ricos como se creyó en la familia. Mi timidez para andar entre personas, dizque era hábito montañero: Sí, "educado por ese burdo don Emigdio". Y mi franqueza de campo abierto dizque era falta de urbanidad; "qué niño tan brusco, la brusquedad de doña Be-

nedicta". Y todo eso me hería. Y no hubo paz en mi corazón. Y no la hubo en aquella familia estrambótica.

Adolescencia de Barba Jacob. En la Escuela Normal estudió un año. En el aprendizaje de libertad, Colombia, como casi todos los países hispanoamericanos, sufrió casi un siglo de guerras civiles, crueles y de consecuencias gravísimas para el adelanto del país. En 1899 estalló la que ha sido llamada "Guerra civil de los Mil días". Barba Jacob fue reclutado por los conservadores para el ejército y para campaña en guerra civil. El la llamó "Escuela Preparatoria o facultad hispanoamericana de estudios clásicos", son sorna y desprecio. En una columna de 1.500 soldados estuvo y alcanzó algunos grados en milicia, pero no por pelear, porque él mismo afirma que en esa columna en la que militó año y medio, nunca hubo ni siquiera escaramuzas con los liberales. El se jacta de que en esos dieciocho meses solo anduvieron de llanos a montes y de montes a montículos. En su autobiografía, narra, como recuerdo perdurable de ese año y medio, su actividad para conseguir gallinas, hacerlas sazonar y dárselas a los señores de los Estados Mayores. Y su experiencia sensual primera, con una muchacha morena, que abrió el despeñadero, ya sin parada ni descanso hasta poco antes de morir, abrumado por la tubercu-

losis, hacia la lujuria. Es bueno anotar aquí, sin embargo, que sus amigos (entre ellos personajes como Alfonso Junco, Juan B. Jaramillo Meza, Mora Naranjo, Dr. Osorio, etc.) advierten siempre que nunca en su vida de amistad hacía gala o se mostraba como hombre de lujurias. Era su lujuria algo íntimo y de lo que hacía materia para sus versos, con exhibicionismo más bien intelectual, para adornarlo con las galas de un misticismo que le convenía para su fama entre la juventud.

Después de esa guerra fratricida que costó miles de muertos y provocó un retraso atroz en la vida del país en todos los órdenes, fue maestro de escuela en Santa Rosa de Osos. Allá tuvo una novia, a la que le dedicó versos y poemas de los que renegó muchas veces porque era un versificador influido por lecturas de un romanticismo nada convincente. Se llamaba Teresa. Escribió una novelita, "Virginia". El Dr. Alfonso Mora Naranjo dice que su madre la leyó y hasta copió algunas páginas que él cita en un artículo sobre Barba Jacob. Pero recuerda que el señor Alcalde de Angostura juzgó que la lectura de tal obra dañaba moralmente a sus gobernados y decomisó los originales. También escribió una comedia titulada "Main Ximénez" que, según contaba Francisco Mora Carrasquilla era una especie de autobiografía del maestro Miguel Angel

Osorio Benítez, nombre de pila del poeta, con sus angustias, su falta de afectos maternos y su gran afecto a su abuela Benedicta.

Es conveniente anotar aquí que, tanto estas obras de su vida de maestro como otras dos: "Filosofía del Lujó" y "Niñez", de las que habla varias veces en cartas Barba Jacob, ya en las postrimerías de su vida, se perdieron definitivamente. Mora Naranjo dice que la época de maestro de escuela y de profesor de Colegio, en Antioquia, puede llamarse el "período virginal de su vida". A ella pertenecen también sus periódicos manuscritos "El Trabajo" y "El Estudio" que él mismo dirigía, redactaba y escribía a mano, en varias copias, con su letra clara y atractiva. Escribió también ensayos pedagógicos, y sociológicos de los cuales apenas se han conocido las citas que hizo el Dr. Mora Naranjo.

El amor que tuvo a su abuela Benedicta, cuya muerte cambió totalmente la parábola de su vida, fue grande. Así se expresa: "Perdí a mi madre abuela Benedicta. Yo sabía más que nadie de los zafiros de su misericordia, de los diamantes de su perdón. ¡Oh mujer extraordinaria! Estas palabras que te alaban son una realidad en la esencia misma de Dios. Aquel bregar al lado del esposo en los agrios e insalubres campos; aquel bregar para ir alzando la familia de

rústica a distinguida, de burda a discreta. Aquel servir y ser leal cincuenta años a un hombre a quien no eligió, a quien no amaba y no comprendía, solo porque era su esposo. Yo conocía aquel calvario; y en torno de él veía la prole numerosa, feraz, ardiente. Cómo no creer que era digna del descanso aquella mujer que había pasado encendiendo antorchas de almas, insinuando benevolencias en la desatada maldad de las cosas. Cómo no aceptar, sin protestas dolorosas, la paz final de la santa que había robado al patrimonio para socorrer menesterosos y aún para adorar a Dios en la pompa de sus altares de Corpus.

¡Oh madre mía abuela Benedicta, Benedicta Parra de Osorio, hija de Antoñito Parra y Eugenia Giraldo y muerta en la gracia de Dios el 2 de diciembre de 1905. Qué lágrima te daría yo que encerrara todo cuanto queda de puro en mí. Qué libro te compondría yo que me reintegrara en la pureza de mi corazón, sin los pasados extravíos.

Qué canción, en cuyas estrofas no vibrara el rugido de Satanás. Qué verso fraguado con otras palabras, las palabras con que tú despertaste en mí el amor a la vaga poesía del mundo!"

Estas cortas frases de Barba Jacob, son uno de los elogios maravillosos y grandes que se han hecho de la mujer Antioqueña, esa mujer fuerte

que tanto como los hombres de esta raza, han hecho grande esta porción de Colombia. Allí están pintadas, con hermosura y con fuego; con amor y con emoción, millares y millares de mujeres Antioqueñas, de ayer, de hoy y Dios quiera que también de mañana. Y recalco, ojalá de mañana, porque se están perdiendo, con el mote de modernas exigencias y signos del tiempo, los mejores atributos de esa mujer fuerte, bíblica, santa, esperanza del porvenir de cualquier pueblo. Porque mientras la mujer alce en sus brazos maternales la antorcha de las virtudes domésticas, como esta gran Benedicta, abuela de Barba Jacob, la sociedad no se pierde. La hora de inexorables liquidaciones suena para un pueblo o para una civilización, cuando la mujer resuelve liberarse del suave y amable yugo de la virtud.

BARBA JACOB SE VA DE ANTIOQUIA

La muerte de su abuela Benedicta, tan bellamente cantada por este lírico antioqueño, fue para él "el aletazo de la aventura". Corrió, dice él mismo, "en busca de su Universidad —la Real Universidad del Mundo— que lo honró con sus borlas. A pie, se fue por los breñales de Anorí, los bosques de Zaragoza, Nechí abajo, Cauca abajo, Magdalena abajo. Fue a dar a Barranquilla.

Allá tuvo que vivir, descalzo, en la casa de un leproso. Y tuvo una impresión que no cuenta, pero que seguramente dejó huella, pues dice: "al fin una noche azulina, entre los coros de los vientos y el rumor romántico de los palmares. Una dulce noche de la dulce vida...." No, me es imposible revelar estas tristes perlitas, este menudo aljofar de mi corazón matutino.

En Barranquilla vivió en casa de Lino Torregoza, maestro de escuela y allí se formó una tertulia o mejor bohemia regida por Leopoldo de la Rosa que les traducía a Chenier, y coreada por Hermes Zepeda, Miguel Rasch Isla, Enriqueto de la Rosa. Otros dos enuncia, pero no nombra Barba Jacob, porque dice: no quiero asociarlos a la gloria de este recuerdo porque soy vengativo. Ellos me tuvieron envidia y me hicieron mal. Hablaban horrores. Por ellos empezó la cosa.

Que lo deslumbró Guillermo Valencia, el inmenso lírico colombiano, se deduce de lo que dice de esa época: "en aquel grupo leía yo a Darío y a Valencia, a Darío y a Emerson, a Valencia y Guyau, a Valencia y a Cervantes, a Valencia y a Edgar Quinet. Me interné en los clásicos. No recuerdo por qué causa modernista tenía yo a los clásicos por excesivamente ingenuos y simplones. Cuál sería mi sorpresa al espaciarme en

las **Novelas Ejemplares**, en **Las Moradas**. Esa dorada prosa de Fray Luis de Granada y los versos del De León. Esa superabundancia de giros en Suárez de Figueroa y esa superabundancia de ideas en Gracián. Me encantaban porque eran pomposos y yo amo la pompa. Lo que los clásicos de ayer no podían dar naturalmente es el alma moderna, de temblorosa inquietud, ávida de nuevas posibilidades de vida y de cerebración, matinal y nostálgica, cruel y horrorizada, anhelosa en América, de bien y de justicia. Y esta alma es la que hay que poner en las formas del oro clásico. Tampoco los príncipes de la lengua me dieron mi desatada libertad, sino que yo me la tomo y a mí me sirve para escribir. Yo pomposo, yo romántico, yo engreído, yo delirante”.

Una queja de **Barba Jacob**. “Lo malo era que yo no sabía ni el abecé del francés y esto me causaba sonrojos. En la historia de mi vida pesó como la losa de un ajusticiado, durante diez años la vergüenza de no saber francés. Yo disimulaba mi ignorancia como mejor podía y hasta me aprendí unas cuantas citas.

Javier Arango Ferrer comenta a este respecto, no sé si con suficiente justicia, por las citas que hace: “Hacia 1914 desapareció el extraordinario poeta bajo una influencia francesa

mal asimilada en poemas como "El Cincuentón"; erudito, con Píndaros y Anacreontes, Tíbulos y Lucianos y otras alusiones grecolatinas; en sonetos alejandrinos como los de "El verso innumerable" en que aparece un Medellín parnasia-no "alzando su clámide latina". En el mismo año de 1914 recobrose de su arrendajo nada menos que con la "Canción de la Vida Profunda".

Cuando pudo traducir el francés fue víctima de la inevitable y nociva interferencia afrancesada". (1)

BARBA JACOB DEJA A COLOMBIA

Por 1905, o tal vez a fines de 1904 dejó a Colombia, embarcándose rumbo a Cuba. Ya no volvería a su tierra colombiana y antioqueña sino después de muchos años y por pocos meses apenas. De su vida en Colombia en general, hace este resumen el Dr. Mora Naranjo, su discípulo en el Colegio que regentó el poeta: "El poeta Barba Jacob fue, en Colombia, un mal maestro (por lo regañón y de mal genio) de escuela en Santa Rosa de Osos; un excelente maestro en Angostura en su Colegio inicial; un campesino

(1) Javier Arango Ferrer. "Dos Horas de Literatura Colombiana". Medellín 1963, p. 143.

encantado con el cultivo del maíz y de la yuca en las regiones de San Pablo y del Tenche en Angostura; un semi-ingenuo Miguel Angel Osorio.

En Barranquilla, compuso su preciosa obra **“Parábola del Retorno”** y otras no menos bellas. De esto se deduce que las lecturas y amistades de Barranquilla, en un año, transformaron la inspiración de este poeta. Mejor; en Barranquilla nació el lírico inmortal que siguió siendo, en 1904.

De su viaje dice: “Dejé las tierras deíficas de Colombia, y con su melodía en el corazón vine a Costa Rica. Gustó mucho a unos peluqueros mi **“Parábola del Retorno”** que había compuesto en Barranquilla. Gustó también a aquellos amigos un verso: “El alma traigo ebria de aroma de rosales”. La mañana en que llegué a Kingston, aún entre la media luz, era fragante como la cabellera de Eva, como el beso de América en la frente de Cristóbal Colón el 12 de octubre. ¡Oh poesía del tránsito! ¡Oh dulce vida! Fui a La Habana. Su mar galano, soberbio, sonoro, opulento en ondas, insólito de fulgor me volvió místico. Ardía en tales fuegos y temblaba con tales zozobras, que volví a Dios mis entrañas. El acto contrito se me desvaneció como el rumor del mar de Cuba, y no quedó en mí sino una

especie de ternura religiosa, un indeciso anhelo de paz en el regazo de una creencia. Era que el Señor estaba en mí mismo. Las flores de este puro sentimiento perfuman algunas de mis canciones más imperfectas. Allá conocí a Franco y Marín, trovadores a cuya locura de andar cantando debe Colombia un hecho glorioso: que se hayan difundido en Méjico el bambuco, el pasillo y mil tonadas”.

En La Habana conoció a su paisano Tobón Mejía, uno de los grandes escultores colombianos, autor de obras tan perdurables como el Monumento a Isaacs en el Cementerio de San Pedro, el Monumento a Jedro Justo Berrío, allí mismo; la estatua de José María Córdoba y su pedestal en la plazuela de Sucre; la estatua y su monumento a Francisco Antonio Zea, en la plazuela de su nombre, todas en Medellín. Le dejó buen recuerdo, pues dice: “En La Habana conocí a Tobón Mejía. Creo que éramos algo parientes por la parte linajuda de mi familia. Me dejó un alto ejemplo de valor para la lucha, una firme esperanza en su talento”.

Vine a Méjico. Yo todavía no sabía francés. Sigue Barba Jacob con este complejo. El campesino que había en mí se asustó con el estruendo de la capital mejicana y me encaminé a Monterrey.

BARBA JACOB PERIODISTA

Para la inmortalidad literaria, solo ha quedado el poeta incomparable. Pero su actividad permanente, la que le mantuvo y dio holgura en veces y aún lujo, fue el periodismo. En Monterrey se inició como periodista y ya casi nunca abandonó este oficio, que desempeñó con lujo de competencia en diversas ciudades de Centro América. En Colombia y en Manizales fue nombrado periodista, pero no ejerció ese oficio, aun cuando recibió dinero, cuando vino a Colombia después de muchos años. Es que el periodista es un ser de excepción, mientras vive: levanta polvareda, causa sensación con sus noticias, pero sus páginas suelen morir casi con la rapidez del papel de los periódicos. Además el periodista tiene que escribir sobre todo lo humano y lo divino y por lo tanto sin profundidad. De ahí que no supervivan, casi nunca, sus páginas.

El mismo enseña el modo para ser periodista, con esa jacarandosa franqueza que fue su distintivo y le valió, precisamente, el rótulo de poeta maldito: "entré al alto periodismo y yo sé su secreto. Consiste en escribir muchos artículos cortos con desenvoltura comedida, opinar sobre todos los temas que uno no conoce, saber ponerse romántico todos los días, de distinto modo, profesarle horror a la verdad y urdir todos los

días pequeñas trampas donde caigan los lectores ingenuos, que aún quedan algunos. Así comencé a afirmar la conciencia de mi ciudadanía en el mundo. Y el arte? Se pregunta.

Allá en Monterrey y después en Méjico volvió a leer como en Barranquilla y hasta dos veces afirma, los que le parecían fundamentales. Fundó la "Revista Contemporánea" y escribió "El Canto de las Montañas", "Parábola de los viajeros", "Espíritu Errante". El afirma que su agua verbal ahondaba su cauce, por ese entonces, porque la rima era su tormento y las asonancias lo contristaban.

No publicó libro de versos. Barba Jacob no publicó libro de versos. Todos cuantos se escribieron, fueron compilados por otros. El da como razón la siguiente: "por más que hube reunido quince, veinte pequeñas obras de mis hatillos, rehusé asesinarlas dentro de un libro. Hay muchos libros de poetas y muy pocos grandes poetas, decía yo. Y esperaba. Y trabajaba".

Estuvo en Guatemala, pero allá no compuso ni una canción ya que el aire reverberaba de tiranía, como dice él. "Ofrecí al tirano un libro acerca de Guatemala, pero al tigre no le gustó porque se trataba del país y no de su imperial persona".

Después estuvo en las costas de Honduras y en San Salvador. Aquí, el 7 de junio de 1917 fue testigo de un terremoto. Era Jueves de Corpus. Tanto impresionó al poeta esa tragedia, que escribió el folleto titulado "El Terremoto de San Salvador" y se lo dedicó a Carlos Meléndez, Presidente de la República. Para terminar ese relato, muy vívido dice: "la débil claridad de la catástrofe da a los rostros marchitos un tinte violáceo. Parece como si los muertos de un viejo camposanto se hubiesen levantado de sus tumbas, no para ir al valle de Josafat u oír el Juicio de Dios, sino para empezar de nuevo la peregrinación del dolor en un Universo desquiciado".

En Nicaragua estuvo también. Allá, un Ricardo Arenales, homónimo suyo cometió un asesinato. El poeta fue llevado a la cárcel y escarnecido. Al día siguiente, con la intervención del Cónsul de Colombia y sus amigos fue aclarado el grave error. Barba Jacob, enfurecido con el suceso, renegó de ese seudónimo y se bautizó ya con el definitivo y con el que pasó a la inmortalidad: **PORFIRIO BARBA JACOB**.

Estuvo en EE. UU. y vivió en Nueva York por varios meses. Allí hizo un curso de geografía antigua y leyó libros de historia y filosofía; comentarios sobre el lujo entre los romanos, en-

tre los griegos. Pensó dedicarse a la historia de la Arquitectura para el ensayo, (sobre el cual asegura él mismo escribió muchos capítulos o tal vez casi terminó), "La Filosofía del Lujo".

Vivió en el Perú también y de allí fue expulsado y llegó a Manizales, donde vivió casi tres meses, en 1927, como cuenta doña Blanca Isaza de Jaramillo Meza. Vivía en un hotelillo modesto donde la alimentación no era propiamente a la carta; se pasaba la mayor parte del tiempo en nuestra casa; le encantaban los platos típicos de Antioquia. Procuramos ayudarle en la medida de nuestras fuerzas: hicimos que "La Patria" le pagara por adelantado unos artículos que nunca escribió; le organizamos un recital que resultó de éxito aceptable.

Pasó después a Bogotá y no lo recibió como él creía. Por eso dijo confidencialmente: "La capital es deliciosa pero en determinadas circunstancias; teniendo quinientos mil pesos y viviendo en París".

BARBA JACOB EN MEDELLIN

Adel López Gómez dice que en 1928 se recibió el anuncio emocionante de que Barba Jacob llegaría a Medellín. La Asociación de Cronistas de Medellín, en la cual había personajes como Jesús Muñoz Cano, Luis Bernal, Abel García Va-

lencia, Libardo Parra Toro, Jesús Tobón Quintero, Juan Zuleta Ferrer, se decidió a recibir dignamente al más grande poeta colombiano, tras larguísima ausencia de Antioquia y de Colombia. "Una tarde fuimos hasta Girardota, en el auto de Alfonso Castro para recibir al viajero. En una callecita de Girardota una anciana tía del poeta le había preparado una alcoba. Allí pasó unos días de descanso, mientras nosotros le preparábamos un recital en el Teatro Bolívar. Vivían todavía Carrasquilla y Efe Gómez". Dio tres recitales y le dejaron buenas ganancias. Adel López Gómez cuenta que compró varios vestidos de paño, camisas y lujo y gozó muchísimo

A fines de 1929 vivió unos pocos meses en Bogotá y atravesó un período amargo pues quiso adaptar el puritano medio colombiano y bogotano a los usos y costumbres del diarismo mejicano, donde había trabajado la mitad de su vida. Y fracasó, tras haber sido jefe de redacción de "El Espectador". Pasaba en las tertulias de la carrera séptima y de los periódicos. "Cada vez se le veía menos en Bogotá y por fin se recluyó enfermo y amargado y solo unos pocos amigos sabíamos dónde hallarle. Regresó a Méjico. En diciembre de 1930 ya escribe desde Méjico a su hijo adoptivo, Rafael Barba Jacob, con quien estuvo en Colombia y que en ese momento

se encuentra en La Habana. Entre los pormenores le manifiesta que el 17 de ese mes pronunció un discurso, de hora y media de duración, sobre Bolívar en el Teatro Independencia de Monterrey. Luego le cuenta que piensa fundar un periódico semanario y una institución de cultura. Que lo único que le preocupa en Monterrey es el verano que dura ocho meses y es en extremo caluroso. Tras pedirle al final de esa carta que defienda su moral, lo bendice y se despide.

FINAL DEL POETA BARBA JACOB

Durante doce años más permaneció Barba Jacob trabajando mucho en Méjico. Nada mejor para dar idea de la vida suya en esa final etapa de su existencia, que la carta que le escribió a don Gabriel Cano, en septiembre de 1941.

“Esta carta le lleva mi salutación después de doce años de ausencia, y a la vez mi testimonio de agradecimiento por la dádiva de usted y de don Fabio Restrepo. Hace tres días recibí del embajador Zawasky el giro por noventa y siete dólares que ustedes me enviaron. He sabido que también en Medellín se reunió algún dinero para mi repatriación por el aire, a iniciativa del negro Cano y de mi primo Luis F. Osorio.

Estas coleccionistas, aunque son una prueba de solidaridad en el sentimiento humano y en la comunidad de la patria, no dejan de causar sonrojo. El favorecido por ellas se pregunta si ha hecho lo posible por no llegar a verse necesitado de auxilio ajeno. Por lo que a mí respecta, puedo asegurarle que no me hallo culpable, a pesar de mis devaneos y del carácter alocado que se me atribuye. ¡He trabajado mucho! Mi vida, desde que regresé de Colombia, hace doce años, ha sido un continuo esfuerzo por trabajar y vivir decorosamente dentro del periodismo y fuera de él. He sido agente de publicidad de una compañía de seguros, secretario de un gobernador, autor de monografías y hasta de poemas mercenarios. Durante cuatro años consecutivos —de 1936 a 1940— fui el único editorialista del diario “Últimas Noticias” y tengo la satisfacción de haber ayudado a crear esa gran empresa y todo Méjico da testimonio de lo que significó mi labor como autor de los “Perifonemas” que se hicieron tan famosos.

RELATA LA ENFERMEDAD QUE PADECE

“Una enfermedad que empezó a manifestarse en mí desde hace mucho tiempo, fue mermando día a día mis fuerzas para el trabajo. El último ataque, del cual no he podido recuperarme, comenzó en marzo del año pasado y en estos

dieciocho meses ha ido intensificándose. No obstante mi gravedad y mi extenuación, en febrero de este año acepté el encargo de escribir los editoriales y notas para el semanario "Así", que me pagaba quince dólares a la semana. Con el ejercicio reapareció la hemoptisis. Trabajé, desangrándome literalmente, hasta el último día de julio. En estos días estoy esperando si se aprueba o no el proyecto del senador Agustín Noriega, relativo a un auxilio de cinco mil pesos. No tengo dato alguno para augurar lo que ocurrirá. Si se aprueba, podré hospitalizarme o tomar una casita y tener enfermera y servidumbre, para no verme obligado a salir a la calle".

"Moralmente me he sentido tonificado y me complace muchísimo, saber que en Colombia hay tan buena voluntad para este poeta en ruinas.

"Quisiera regresar cuanto antes a Colombia; quisiera que al fin voy a reposar entre mis gentes. Añoro el clima de Medellín o de Cali".

En otra carta, enviada a Simón Henao Rodas, desde Méjico en septiembre de 1941 vuelve a manifestar esperanzas en el auxilio del Congreso de Colombia y manifiesta que su viaje a Colombia es ya imposible pues su salud ha empeorado. "Solo viéndome se puede creer que aún tenga energía para dictar una carta. No puedo hacer ningún ejercicio, ni aún el de vestirme, sin

que me sobrevenga una disnea insoportable. Tengo necesidad de permanecer acostado sobre el lado derecho; es la única forma en que puedo respirar y en que se me atenúa el dolor de la espalda”.

MUERTE

A fines de diciembre ya su salud estaba irremediablemente acabada y su vida era una muerte lenta.

Alfonso Junco, literato mejicano, amigo del poeta, supo en los primeros de enero de 1942 de su próxima e inevitable muerte, por una amiga de Barba Jacob, quien al visitarlo le habló de Dios y le contestó que necesitaba hablar con Junco. Y éste dice que fue al instante a verlo. Y lo describe así: “era un espectro en que fulgía la profundidad de los ojos. La delgadez extrema alargaba aún más la figura; dijérase Don Quijote moribundo. Me dijo sencillamente y sin elipsis: me quiero confesar y habló de que había nacido católico y quería morir católico, aferrado a los valores eternos. Quería un sacerdote inteligente y le mencionó al Pbro. Gabriel Méndez Plancarte. Se alborozó inmensamente. Esa misma noche, 5 de enero de 1942, recibía el Padre Gabriel su confesión. El día siguiente, fiesta de los Reyes Magos, el Niño se manifestaba al poe-

ta. Y la fecha dijérase buscada, escogida para quien fue en tantas cosas un niño grande, y mantuvo intocados el respeto y la nostálgica obsesión de la infancia. El domingo 11 volvió Jesús Sacramentado a buscarlo.

A las 3 y diez minutos de la mañana del 14 de enero de 1942 murió, tras una agonía larga y lenta, con el crucifijo entre las manos, “temblando de niñez y renacido a un alba de inocencia”, porque “era una llama al viento y la llevaba hacia la eternidad para resplandecer en lo alto”, comenta Junco. “De simas no sondadas subió a las estrellas”, tras vivir en la propia muerte la última estrofa de “Canción de la Vida Profunda”:

**Mas hay también, oh tierra, un día, un día, un día
en que levamos anclas para jamás volver...
Un día en que discurren vientos ineluctables
un día en que ya nadie nos puede detener.**

JAIME SERNA GOMEZ

Presidente de

“La Academia Antioqueña de Historia”

René Uribe Ferrer

**ESTUDIO CRITICO DE
BARBA JACOB**

Estas líneas no son escritas con motivo de ningún aniversario, ni traslado de restos mortales ni cosa por el estilo. Antes son urdidas cuando comienza a bajar la efervescencia de discusiones y elogios que siguió por varios años a la muerte del poeta. Cuando éste comienza a entrar definitivamente en la historia, en lo pasado, y va perdiendo, por fortuna, esa peligrosa aureola de poeta de moda. Cuando su valor real, por consecuencia, empieza a aparecer a plena luz. Nada más temible que la moda cuando abandona su propio campo de la indumentaria femenina para entrar al de la cultura. Quien piensa o siente a la moda revela una poca admirable feminidad de talento. No puede, no debería haber valores artísticos de moda: la belleza es algo objetivo fundamentalmente, gracias a Dios, como reflejo suyo que es, sin que pueda andar sujeta a vaivenes subjetivos. Los autores de valor, lo han sido siempre, aunque su época los hubiere ignorado. Y los hay que, exaltados por sus contemporáneos, han caído después en justo olvido. En estos años de caos estético —y de caos total—, este comentario a la obra de Barba-Jacob (1883-1942), solo tiene por

objeto exaltar sus valores reales, enormes a pesar de haber sido un poeta de moda —no a la moda—; hoy cuando afortunadamente esa moda va pasando.

I

El lirismo en sus manifestaciones depuradas —esas que ahora han dado en llamar lirismo puro, que no hay que confundir con la poesía pura, y que consisten en la expresión de los sentimientos íntimos—, solo alcanza su plenitud en las épocas de madurez cultural, o es un género primitivo. Las primeras manifestaciones artísticas son producto del deslumbramiento del hombre ante el espectáculo exterior. Y el espectáculo más deslumbrante es siempre el del triunfo guerrero, tema único de los épicos primitivos. Cuando un mayor perfeccionamiento cultural permite al hombre mirar hacia adentro, hacia sus propios sentimientos, comienza a aparecer la lírica, pero siempre con tema heroico. Es la misma materia prima de las epopeyas la que informa las primeras inspiraciones líricas. (Hay que insistir en esta distinción entre épica y lírica heroica, ya que no faltan comentaristas actuales que confunden ambos géneros de poesía, y llaman épicos a poetas fundamentalmente líricos. Por ejemplo a Saint John Perse o a Neruda. Lo épico es narra-

tivo; lo lírico es manifestación de sentimientos, aunque estos tengan por objeto un hecho heroico). Se necesita un mayor refinamiento para que el ritmo se asordine y el ímpetu marcial ceda el paso a más delicadas formas del sentimiento: Homero es anterior a Tirteo, y Safo posterior a ambas.

Con lo anterior no quiero decir que sea el lirismo puro superior a las otras formas de poesía. Simplemente recalco que si los sentimientos anímicos se ocultan al principio, y solo van desnudándose a medida que el progreso de la cultura va alejando el entusiasmo épico, como consecuencia el correr del tiempo va logrando una depuración de la lírica. Y el poeta va desentendiéndose cada vez más del mundo circundante para verter en su obra más intensamente sus propios goces y sus congojas propias. Por ello se explica que los últimos dos siglos hayan sido la edad, no de líricos más grandes —ni menos tampoco— sino de líricos más líricos.

Solo un período que haya extremado el análisis hasta lo morboso y la introspección hasta el desequilibrio, puede producir un poeta como Porfirio Barba-Jacob. El que, por otra parte, representando plenamente su época por las características de su inspiración, la supera por su valor estético, que lo coloca entre los grandes poetas de todos los tiempos.

Porfirio Barba-Jacob aparece en Colombia, al principiar el siglo, dentro de esa todavía mal comprendida penetración del centenario, que con él y con José Eustasio Rivera tiene para no necesitar defensa. Ciertamente que su pronto alejamiento del país lo desvincula de nuestro medio literario para acercarlo al de las Antillas, América Central y México. Pero en su obra vemos las características fundamentales de toda la poesía centenarista: forma modernista, sin refinamientos, y fondo romántico. Porque el fenómeno, con distintos nombres, no es privativo de Colombia sino propio de la literatura de nuestra lengua y, sobre todo, de la América española.

Nuestros poetas del centenario y sus equivalentes de los países hermanos, recogen la dirección dominante en los grandes poetas modernistas, cuando éstos, superando su esteticismo de juventud, escuchan el ritmo de su corazón y recogen el calor que de la sangre irradia. Cuando los insustituibles temas románticos —que son los eternos temas de la poesía— Dios, amor, dolor, muerte, comienzan a verse a través de las nuevas formas métricas. Recogen, pues, la dirección del *Darío de Cantos* de vida y esperanza y de la obra de madurez de sus discípulos. Pero en los poetas del centenario —y por sobre todos en Barba-Jacob— se muestra más a las claras la vuelta al romanticismo.

Conviene aclarar un poco el sentido de esta palabra. No hay que llamar romanticismo a sus exageraciones y falsificaciones, pues exageraciones hay en toda escuela o movimiento poético y artístico y humano. Esto debería ser obvio. Pero todavía hay quienes asocian siempre la idea de romanticismo a la pistola, al frasco de sales, a sauces desmelenados y cabezas melenudas.

Los maestros de todos los tiempos lo han comprendido mejor. Fue Darío, impulsor del movimiento poético que sustituyó en nuestra lengua al romanticismo, quien escribió: Románticos somos. (¿Quién que es, no es romántico?(1). Romanticismo es eso: el ser, la conciencia dolorosa de ser: de ser contingente. Saber que somos y que nuestra vida puede romperse un día sin ruido, un día en que ya nadie nos puede retener (2). La serena concepción de la muerte en el paganismo no favorecía esa actitud, y algunos clásicos cristianos alcanzan su serenidad en la confianza en Dios. Pero cuando la conciencia del pe-

(1) Rubén Darío. **La canción de los pinos** (en Poesías completas. Aguilar S. A. de ediciones. Madrid 1952, pág. 819).

(2) Existen varias ediciones de la obra poética de Barba-Jacob, todas hechas sin su dirección y, por lo tanto, más o menos imperfectas. Para las citas de este ensayo he escogido, como la menos defec-

cado y de nuestra propia insuficiencia se hacen más vivas, y cuando nuestra propia debilidad nos impide asirnos de Dios, pero subsistiendo la fe en ese Dios, brota el grito estremecido y a ratos desesperado del romántico. Esa vacilación entre el mundo y Dios, ese terror de la lucha entre el pecado y la gracia, caracterizan la posición romántica. El romanticismo ante el amor no es sino consecuencia de aquella posición fundamental, porque un desequilibrio engendra otros. Y la expresión de ese desequilibrio es una fecunda fuente de emociones estéticas. Cuando es sincera. Cuando no lo es, nos encontramos ante el romanticismo falsificado. Pero la falsificación no entra en los límites del arte sino como pretexto cómico. (Lo anterior no es un resumen completo del ideario romántico ni de sus bases estéticas. Únicamente de las interesantes para situar al poeta antioqueño).

tuosa, la titulada **Poemas intemporales** (Colección Ideas, Letras y Vida, Compañía General de Ediciones S. A. México 1957), completándola con las correcciones hechas por Barba-Jacob en cartas dirigidas a J. B. Jaramillo Mesa, y transcritas por éste en su libro **Porfirio Barba-Jacob - el errante caballero del infortunio** (Biblioteca de escritores caldenses - Manizales, Colombia S. A., 1944). El verso citado en el texto pertenece a la **Canción de la vida profunda** (pág. 107).

La poesía de Barba-Jacob se muestra como paradigma del más auténtico romanticismo. Exigua en cantidad, pues fue escrita solo cuando la pasión rompía el flaco vaso que la circundaba, nos permite seguir más fácilmente sus fluctuaciones espirituales.

II

Creo que para captar y sentir como un conjunto esa obra poética, podemos marcar en ella cuatro etapas de profundización en su tragedia interior, hasta la desesperación absoluta; y cuatro de superación hasta la lumbre indeficiente. Claro que no se trata de un solo ciclo recorrido por el poeta a lo largo de su vida, sino de bruscos altibajos, repetidos sin regularidad. La cronología de sus composiciones nos lo demuestra. Es el mismo caso, pero expresado en canto, de tantas existencias, en que las caídas y los resurgimientos se repiten y repiten hasta desembocar finalmente en Dios.

Ha muerto la madre, abuela Benedicta cuando el poeta, pretendiendo huir de su pasado, da comienzo a sus perpetuas andanzas. Y de esta fecha (1906) en adelante es escrita la parte fundamental y la casi totalidad de la obra que de él nos queda. A través de ella vemos cómo el recuerdo de los tiempos abolidos marcha a su es-

palda y se le entra por los ojos siempre que torna la mirada. Intenta entonces regresar en espíritu. Y escribe la Parábola del retorno, o aquellos versos de la Lamentación de octubre:

¡Oh, quién pudiera de niñez temblando,
a un alba de inocencia renacer!
Pero la vida está pasando,
y ya no es hora de aprender. (1)

Pero esta empresa de reencontrar el tiempo, solo logra fecundar el dolor. El dolor de un azul imposible unido a una cabellera rubia perdida para siempre por causas para nosotros ignoradas. Una niña inasible, que era las maravillas y el crepúsculo (2). La ausencia del chorro de la acequia que se ocultó de la luz para no ver más lo que los minutos destructores se llevaban. Acaso estos recuerdos le dan en algún instante la sensación incomparable de que es otra vez niño (Los niños). Pero luego oír el musitar de la conciencia corrosiva:

¿Y cómo ir entre las brumas de la edad,
perdida ya la sencillez del corazón? (3)

-
- (1) Op. cit. (Lamentación de octubre, pág. 101).
(2) Op. cit. (La infanta de las maravillas, pág. 91).
(3) Op. cit. Estancias, pág. 90. Aclaro que en la edición citada, la poesía aparece con el nombre, cambiado por el poeta, de Canción de un azul imposible).

Esa angustia, esa falta de apoyo en el pasado que no puede tornar, buscan entonces un olvido, un refugio en el momento presente. Y el hombre caído pretende encontrar en la carne la suprema compensación:

¡Ah de la vida parva que no nos da sus mieles,
sino con cierto ritmo y en cierta proporción! (6)

Y para sobrepasar esa proporción y ese ritmo, busca el placer en todos los campos, hasta en el nefando de los goces estériles. La dama de cabellos ardientes que flotan en los manantiales de la vida, parece satisfacer todos sus anhelos.

Pero son placeres que al saciarse, dejan solo el sabor de cenizas. Y tras el instante de goce deja exhalar el grito de pavora. Y no solo la carne: todo hasta:

¿A qué las fugas alucinantes
si hay tras arduas cumbres distantes
los mismos mares y el mismo azul? (7)

Todo: el amor, la gloria, el arte mismo: ¡Alma mía, qué cosa tan vana! (8)

(6) Op. cit. (Balada de la loca alegría, pág. 115).

(7) Op. cit. (Canción delirante, pág. 193).

(8) Op. cit. (Ritornelo de la Canción de la soledad, pág. 112).

De este hastío total no queda sino dar un paso para sumergirse en la desesperación absoluta. Los viajeros en la parábola simbólica marchan sin saber a dónde. Todos los caminos dan al mar. La vida está acabando, aunque no han pasado totalmente los años juveniles, y es irrisorio todo intento de reconstruir el pasado. Hay que soportarla como un fardo, hasta que el destino nos la arrebate con un nuevo supremo dolor. El corazón es brasa transitoria aunque su llama anhele la perennidad. Y la noche rodea al poeta, que alcanza a distinguir en la oscuridad los fantasmas de las ilusiones desvanecidas, de las aspiraciones insatisfechas. La misma fe se borra en las sombras y parece que Dios nos abandona, cuando es en realidad el pecado el que nos tiene distanciados de El. Esa desesperación insuperable tiene su expresión sintética, duramente bella, en la blasfemia:

¡Oh sórdido guía del viaje nocturno:
yo quiero morir. (9)

Así vemos al poeta descender, etapa tras etapa —nostalgia de la infancia y de la tierra natal, lujuria, hastío, desesperación total— hasta el extremo límite del dolor. Veámoslo ahora ascender, paso a paso, hasta el reposo en el seno de Dios.

(9) Op. cit. (*Soberbia*, pág. 86).

Ante todo nuestro poeta, como otros grandes románticos, como Vigny, como Leopardi, intenta refugiarse en su propio orgullo y servirse de él como escudo ante el desengaño: así es la vida, así debemos aceptarla, y el varón de verdad, lejos de acobardarse y de llorar, la desprecia. Seul le silence est grand; tout le reste est faiblesse, dijo el misántropo de *Les destinées* (10). Barba-Jacob a su vez proclamará que no hay nada grande sino la muerte (11). ¿Qué le queda entonces? Y nos responde: Bruñir mi obra y cultivar mis vicios (12). Toda su soberbia se concentra para sonreír a la Intrusa: Y nadie ha sido más feliz que yo (13), exclama sobre sus torturas. Y hasta se atreve a soñar: ¡Mi hora no ha llegado todavía!. (14)

Pero el orgullo es lo más leve que el hombre puede construir, se levanta sobre su nada, y está expuesto a romperse a cada paso bajo el venda-

(10) **Alfred de Vigny - Poésies complètes** (Editions de Cluny - 35 et 37 Rue de Seine París VI, **La moru du loup**, pág. 166) 1936.

(11) Op. cit. (**Triste amor - Canción del pesimista**, pág. 85).

(12) Op. cit. (**Sapiencia**, pág. 94. En el libro citado figura como **Sabiduría**).

(13) Op. cit. (**Canción innominada**, pág. 129).

(14) Op. cit. (**La hora suprema**, pág. 145).

val del terror sofrenado. El poeta busca un refugio más sedante. Y lo encuentra, esta sí restaurador, en la madre naturaleza. El campesino que pervivió en él, logra reposo en el regazo del campo y de la noche. En el campo, no manchado por la culpa del hombre, y en la noche, que nos olvida del mundo y nos abre las ventanas del infinito. Toda tentativa, en este punto, de resumen o comentario de sus versos, se trueca en profanación y oscuridad. Solo queda citar. Citaré las estrofas del Nocturno. (15)

¡Oh, qué gran corazón el corazón del campo
en esta noche azul y pura y reverente,
todo lleno de amor y de piedad sagrada
y fuerza suficiente!

Yo le escucho latir y comprendo mi vida:
me parece tan clara, tan profunda, tan simple,
y tiene como el mar y el monte puro
su raíz en el tiempo sumergida...

Yo le siento latir, y una onda inefable
y cordial y vital me conforta,
y pienso que soy un barro deleznable,
y que la brega es dura y corta.

Toda inquietud es vana; la desazón soporta
-me está diciendo a voces un amigo interior-

(15) Op. cit. (Nocturno, pág. 171).

El minuto es florido, sonoro y halagüeño;
el corazón del campo te dará su vigor
para entrar en el último sueño...

A este grupo de obras a las que la naturaleza inspira y presta su serenidad extrahumana, pertenecen las inspiraciones culminantes, a mi juicio, de Porfirio Barba-Jacob: Virtud interior, El despertar, Acto de agradecimiento, El corazón rebo-sante, Canción del día fatigado y, sobre todas, La estrella de la tarde. Los eternos interrogantes que solo la fe puede absolver cumplidamente, reciben aquí por lo menos la caricia suavizante de la primera estrella que el crepúsculo nos regala con su magnificencia y sencillez.

Pero esa estrella, como la tarde en la Balada de Hofmannsthal, simboliza la misión elevadora de la poesía. En esta encontró un refugio todavía más puro que el de la naturaleza:

¿Qué es poesía? —El pensamiento divino
hecho melodía humana... (16)

La poesía simbolizada por la ciudad ideal, la nebulosa y azulina Acuarimántima, donde impera la armonía y el canto de la serenidad se escucha en el crepúsculo.

(16) Op. cit. (Canción en la alegría, pág. 142).

Ese tránsito tenía que desembocar en Dios. Esa agitación perpetua solo podía encontrar reposo en el amor infinito. Esa angustia sin límites no era sino la voz de la gracia que se derramaba a borbotones sobre un espíritu también caudaloso y torrencial. Y los brazos de la cruz proyectaron su sombra protectora sobre los últimos momentos del poeta errabundo y atormentado. Por desgracia no alcanzó a escribirnos la obra que trasladara a la poesía esta su suprema reconciliación con Dios. Quedan sí versos sueltos que expresan instantes en que los rayos de la luz increada llegaron a su alma a través de las nieblas interpuestas. Como aquellos que presienten su hora final:

Mas un día... un día llegaré hasta el cielo
con las llamaradas de mi corazón! (17)

Tal es, en síntesis, el recorrido de la inspiración de este poeta. Una de las más altas voces líricas de nuestra lengua.. Cierta intemperancia verbal, unas veces; otras la insuficiencia de su instrumento sonoro para encerrar tan patética inspiración; otras el apelar a frases estereotipadas, generalmente tomadas del modernismo vigente cuando él escribía, rebajan un poco su nivel estético. Pero tales defectos se borran ante la mag-

(17) Op. cit. (Segunda canción delirante, pág. 195).

nificencia de un espíritu que expresó su dolor, sus ansias, su intimidad, como no muchos poetas lo han logrado. Entre sus contemporáneos de lengua española, tal vez solo Gabriela Mistral alcance a superarlo. Y en la literatura colombiana pertenece a la mediadocena de grandes.

LAS MEJORES POESIAS DE

BARBA JACOB

NUEVA CANCIÓN DE LA VIDA PROFUNDA

Te me vas, paloma rendida, juventud dulce,
dulcemente desfallecida: te me vas.
¡Tiembra en tus embriagueces el dolor de la vida!
—¿Y nada más?
—Y un poco más...

La mujer y la gloria con puños ternezuelos
llamaron quedamente a mi alma infantil.
¡Oh, mis primeros ímpetus! ¡Oh mis nocturnos vuelos!
Tuve una novia... Me parece que fue en abril...

Yo miraba el crepúsculo,
y creía que eso era el crepúsculo.
¡Sí, tácita en la noche, la estrella está detrás!
El Numen de Colombia me dio una rosa bella,
mas yo perdí el crepúsculo y codicié la estrella...
—¿Y nada más?
—Y un poco más...

Y escuché que cantaba su canción de ambrosía
Pisinoe en la onda y en la onda Aglaopea.
El mundo, como un cóncavo diamante, parecía
henchido hasta los bordes por la amorosa idea.

¡Fue entonces cuando advino Juan Rafael, el dulce
amigo de mi alma, que no volvió jamás!

Yo amaba solamente su amistad dulce...

—¿Y nada más?

—Y un poco más...

Y luego... ser el árbitro de mi torpe destino,
actor en mis tragedias, verdugo de mi honor...
mi lira tiene un trémolo de caracol marino,
y entre el dolor humano yo expreso otro dolor!

No te vas, paloma rendida, juventud dulce,
dulcemente desfallecida, no te vas:

¡quiero apurar el íntimo deleite de la vida!

—¿Y nada más?

—Y un poco más...

CANCION LIGERA

Si acongoja un dolor a los humildes,
o si miran un valle, un monte, un mar,
dicen tal vez: "Dichosos los poetas
porque todo lo pueden expresar".

¡Ah! Pero en el misterio en que vivimos,
la cotidiana y múltiple emoción;
se ahoga en el sepulto corazón.
como no encuentra un ritmo que la cante,
Y están sin voz el oro de los trigos,
el són del viento en pugna con el mar,
la luz que brilla, el grito que se apaga
y el llanto de la noche en el palmar.

Y están sin voz, perennemente mudos,
sin quien venga su espíritu a decir,

el sol, la brizna, el niño y el terrible
prodigio del nacer y del morir.

Y nosotros, los míseros poetas,
temblando ante los vértigos del mar,
vemos la inexpresada maravilla,
y tan solo podemos suspirar..

ANTORCHAS CONTRA EL VIENTO (LAMENTACION BALDIA)

Mi mal es ir a ciegas, a solas con mi historia,
ciego sin lazarillo bajo el azul de enero;
mi pena, estar a solas errante en el sendero;
y el peor de mis daños, no comprender la vida.

Mi mal es ir a ciegas, a solas con mi historia,
hallarme aquí sintiendo la luz que me tortura
y que este corazón es brasa transitoria
que arde en la noche pura.

Y venir sin saberlo, tal vez de algún oriente
que el alma en su ceguera vio como un espejismo
y en ansias de la cumbre que dora un sol fulgente
ir con fatales pasos hacia el fatal abismo.

Con todo, hubiera sido quizás un noble empeño
el exaltar mi espíritu bajo la tarde ustoria
como un perfume santo...
¡Pero si el corazón es brasa transitoria!

¡Y sin embargo, siento como un perenne ardor
que en el combate estéril mi juventud inmola...
(¡Oh noche del camino, vasta y sola,
en medio de la muerte y del amor!)

PARABOLA DEL RETORNO

Señora, buenos días; señor, muy buenos días...
Decidme, ¿es esta granja la que fue de Ricard?
¿No estuvo recatada bajo frondas umbrías?
¿No tuvo un naranjero, y un sauce y un palmar?
El viejo huertecito de perfumadas grutas
donde íbamos... donde iban los niños a jugar,
¿no tiene ahora nidos y pájaros y frutas?
Señora, ¿y quién recoge los gajos del pomar?

Decidme, ¿ha mucho tiempo que se arruinó el molino
y que perdió sus muros, su acequia, su pajar?
Las hierbas ya crecidas, ocultan el camino.
¿De quién son esas fábricas? ¿Quién hizo puente real?
El agua de la acequia, alma de linfa pura,
no pasa alegre y gárrula cantando su cantar;
la acequia se ha borrado bajo la fronda oscura,
y el chorro blanco y fúlgido, ni ríela ni murmura...
Señor, ¿no os hace falta su música cordial?

Dejadme entrar, señores... ¡por Dios! Si os importuno
este precioso niño me puede acompañar.
¿Dejáis que yo le bese sobre el cabello bruno
que enmarca entre caireles su frente angelical?
Recuerdo... hace treinta años estuvo aquí mi cama;
hacia la izquierda estaban la cuna y el altar...
Decidme, ¿y por los techos aún fluye y se derrama,
de noche, la armonía del agua en el pajar?

Recuerdo... Eramos cinco... Después una mañana,
un médico muy serio vino de la ciudad;
hizo cerrar la alcoba de Tonia, y la ventana...
Nosotros indagábamos con insistencia vana,
y nos hicieron alejar.

Tornamos a la tarde, cargados de racimos,
de piñuelas, de uvas y gajos de arrayán.
La granja estaba llena de arrullos y de mimos;
¡ya éramos seis! ¡Había nacido Jaime ya!

Señora, buenos días; señor, muy buenos días.
Y adiós... Sí, es esta granja la que fue de Ricard
y este es el viejo huerto de avenidas umbrías,
que tuvo un sauce, un roble, zuribios y pomar,
y un pobre jardincillo de tréboles y acacias...
¡Señor, muy buenos días! ¡Señora, muchas gracias

F U T U R O

Decid cuando yo muera... (¡y el día esté lejano!);
soberbio y desdenoso, pródigo y turbulento,
en el vital deliquio por siempre insaciado...
era una llama al viento...

Vagó, sensual y triste, por islas de su América;
en un pinar de Honduras vigorizó el aliento;
la tierra mexicana le dio su rebeldía
su libertad, sus ímpetus... Y era una llama al viento.

De simas no sondadas subía a las estrellas;
un gran dolor incógnito vibraba por su acento;
fue sabio en sus abismos —y humilde, humilde,
humilde—
porque no es nada una llamita al viento.

Y supo cosas lúgubres, tan hondas y letales,
que nunca humana lira jamás esclareció,
y nadie ha comprendido su trágico lamento...
Era una llama al viento y el viento la apagó.

LAMENTACION DE OCTUBRE

Yo no sabía que el azul mañana
es vago espectro del brumoso ayer:
que agitado por soplos de centurias
el corazón anhela arder, arder.

Siento su influjo, y su latencia, y cuando
quiere sus luminarias encender.

Pero la vida está llamando,
y ya no es hora de aprender.

Yo no sabía que tu sol, ternura,
da al cielo de los niños rosicler,
y que bajo el laurel, el héroe rudo
algo de niño tiene que tener.

¡Oh, quién pudiera de niñez temblando,
a un alba de inocencia renacer!

Pero la vida está pasando,
y ya no es hora de aprender.

Yo no sabía que la paz profunda
del afecto, los lirios del placer,
la magnolia de luz de la energía,
lleva en su blando seno la mujer.

Mi sien rendida en ese seno blando,
un hombre de verdad quisiera ser...

¡Pero la vida está acabando
y ya no es hora de aprender!

EL CORAZON REBOSANTE

El alma traigo ebria de aroma de rosales
y del temblor extraño que dejan los caminos...
A la luz de la luna las vacas maternas
dirigen tras mi sombra sus ojos opalinos.

Pasan con sencillez hacia la cumbre,
rumiando simplemente las hierbas del vallado;
o bien bajo los árboles con clara mansedumbre
se aduermen al arrullo del aire sosegado.

Y en la quietud augusta de la noche mirífica,
como sutil caricia de trémulos pinces,
del cielo florecido la claridad magnífica
fluye sobre la albura de sus lustrosas pieles.

Y yo discurro en paz, y solamente pienso
en la virtud sencilla que mi razón impetra;
hasta que, en elación el ánimo suspenso,
gozo la sencillez que viene y me penetra.

Sencillez de las bestias sin culpa y sin resabio;
sencillez de las aguas que apuran su corriente;
sencillez de los árboles... ¡Todo sencillo y sabio,
Señor, y todo justo, y sobrio, y reverente!

Cruzando las campiñas, tiemblo bajo la gracia
de esta bondad augusta, que me llena...
¡Oh dulzura de mieles! ¡Oh grito de eficacia!
¡Oh manos que vertisteis en mi espíritu
la sagrada emoción de la noche serena!

Como el varón que sabe la voz de las mujeres
en celo, temblorosas cuando al amor incitan,

yo sé la plenitud en que todos los seres
viven de su virtud, y nada solicitan.

Para seguir viviendo la vida que me resta
haced mi voluntad templada, y fuerte y noble,
oh virginales cedros de lírica floresta,
oh pródidas campiñas, oh generoso roble.

Y haced mi corazón fuerte como vosotros
del monte en la frecuencia,
oh dulces animales que, no sabiendo nada,
bajo la carne humilde sabéis la antigua ciencia
de estar oyendo siempre la soledad sagrada.

LA ESTRELLA DE LA TARDE

Un monte azul, un pájaro viajero,
un roble, una llanura,
un niño, una canción... y, sin embargo,
nada sabemos hoy, hermano mío.

Bórranse los senderos en la sombra;
el corazón del monte está cerrado;
el perro del pastor trágicamente
aulla entre las hierbas del vallado.

Apoya tu fatiga en mi fatiga,
que yo mi pena apoyaré en tu pena,
y llora, como yo, por el influjo
de la tarde traslúcida y serena.

Nunca sabemos nada...
¿Quién puso en nuestro espíritu anhelante,

vago rumor de mares en zozobra,
emoción desatada,
quimeras vanas, ilusión sin obra?

Hermano mío, en la inquietud constante,
nunca sabremos nada...

¿En qué grutas de islas misteriosas
arrullaron los Númenes tu sueño?
¿Quién me da los carbones irreales
de mi ardiente pasión, y la resina
que efunde en mis poemas su fragancia?
¿Qué voz suave, qué ansiedad divina
tiene en nuestra ansiedad su resonancia?

Todo inquirir fracasa en el vacío,
cual fracasan los bólidos nocturnos
en el fondo del mar; toda pregunta
vuelve a nosotros trémula y fallida,
como del choque en el cantil fragoso
la flecha por el arco despedida.

Hermano mío, en el impulso errante,
nunca sabremos nada...

Y sin embargo...

¿Qué mística influencia
vierte en nuestros dolores un bálsamo radiante?
¿Quién prende a nuestros hombros
manto real de púrpuras gloriosas,
y quién a nuestras llagas
viene y las unge y las convierte en rosas?

Tú, que sobre las hierbas reposabas
de cara al cielo, dices de repente:
—“La estrella de la tarde está encendida”.

Avidos buscan su fulgor mis ojos
a través de la bruma y ascendemos
por el hilo de luz...

Un grillo canta
en los repuestos musgos del cercado,
y un incendio de estrellas se levanta
en tu pecho, tranquilo ante la tarde,
y en mi pecho en la tarde sosegado...

ACTO DE AGRADECIMIENTO

Solo hay un bien preciso: poseer cabalmente,
por sobre todo engaño, nuestra sabiduría;
y, como el agua clara rebósase en la alberca,
dejar que el alma llenen el valle, el monte, el día.

Yo he cruzado la senda que decora la grama
y sombream los árboles ancianos y robustos,
en donde el viento libre sus músicas derrama,
de severos compases magníficos y augustos.

Y he visto ya las hierbas olorosas,
de florecer sencillo, que visten las campañas;
y espartos de los frutos, convólvulos, yantenes,
jaramagos de abril, y álces, y espadañas...

Y he visto ya las mieses abundantes,
orgullo del labriego, bajo la luz de octubre;
y el ópalo de mil estrellas rutilantes,
y el azul insondado del cielo que nos cubre.

Y la sangre que brota de alguna herida abierta
bárbaramente... ¡oh dolor! ¡oh pavor!

Y azoradas mujeres que entornando la puerta
rendíanse a la dulce zozobra del amor.

Y he visto ya los niños fraternales
jugar del campo en el sopor profundo,
en armoniosas luchas irreales;
y, del tiempo en los giros limitados,
crecer... amar... y renovar el mundo.

Y he visto el mar que todo lo compendia:
y más allá del mar la génesis del día:
¡de modo que poseo justamente
la riqueza inefable de mi sabiduría!

Si un rayo de los cielos viene a cegar mis ojos
dejándolos en sombra de repente,
¡qué ha de impetrar mi alma enajenada?
Fuera de esta visión que llevó ya conmigo,
¡oh amor! ¡no busco nada!
¡oh ardor!, ¡no quiero nada!

CANCION DE LA VIDA PROFUNDA

El hombre es cosa vana, variable
y ondeante...

Montaigne.

Hay días en que somos tan móviles, tan móviles,
como las leves briznas al viento y al azar.
Tal vez bajo otro cielo la gloria nos sonrío.
La vida es clara, undívaga y abierta como el mar.

Y hay días en que somos tan fértiles, tan fértiles,
como en abril el campo, que tiembla de pasión:
bajo el influjo pródigo de espirituales lluvias,
el alma está brotando florestas de ilusión.

Y hay días en que somos tan plácidos, tan plácidos...
—¡niñez en el crepúsculo!, ¡lagunas de zafir!—
que un verso, un trino, un monte, un pájaro que cruza,
y hasta las propias penas nos hacen sonreír.

Y hay días en que somos tan sórdidos, tan sórdidos,
como la entraña oscura de oscuro pedernal:
la noche nos sorprende con sus profundas lámparas,
en rútilas monedas tasando el Bien y el Mal.

Y hay días en que somos tan lúbricos, tan lúbricos,
que nos depara en vano su carne la mujer:
tras de ceñir un talle y acariciar un seno,
la redondez de un fruto nos vuelve a estremecer.

Y hay días en que somos tan lúgubres, tan lúgubres,
como en las noches lúgubres el llanto del pinar.
El alma gime entonces bajo el dolor del mundo
y acaso ni Dios mismo nos pueda consolar.

Mas hay también ¡oh Tierra! un día... un día... un día
en que levamos anclas para jamás volver...
Un día en que discurren vientos ineluctables.
¡Un día en que ya nadie nos puede retener!

J. B. Jaramillo Meza

**SINTESIS BIOGRAFICA DE
PORFIRIO BARBA JACOB**

Barba Jacob fue el gran poeta del dolor humano, y desde la sombra de su desolación incomparable, exhaló en sus poemas radiantes y dolorosos un tremendo alarido que resuena en el nuevo mundo, y seguirá resonando en tierras castellanas, quejas de angustia y de muerte que le dieron gloria para todos los tiempos.

Veintiocho años de amistad íntima acercaron mi corazón al estremecido corazón de Porfirio. Presentes o distantes, nos unió siempre el más noble y desinteresado afecto fraternal. Yo lo admiré desde mi adolescencia y quise en él al camarada de los años juveniles que tantas horas gratas proporcionó a mi espíritu con sus diálogos espléndidos, con sus estrofas admirables, con sus disertaciones filosóficas, con el vivaz relato de sus viajes y aventuras, de sus amores y sus odios; aprecié en él determinadas condiciones que fulgían con fugaces brillos en el fondo oscuro y amargo de su tormentosa existencia; me conmovieron siempre sus angustias de caballero andante del ideal y del infortunio, la desolada lobreguez de su alma sin alegría, su eterno peregrinaje solitario en busca de cariño, de consuelo, de pan y de fas-

tuosas imágenes para sus cantos, el grave rictus que contraía su boca en los instantes difíciles que se multiplicaban en sus andanzas por todos los caminos de la tierra, la amargura sin límites de su vida trepidante. Lo quise con un afecto compasivo, porque infinita compasión despertaron en mi pecho sus desventuras implacables. El, en cambio, me distinguió con su amistad hasta la hora de su agonía, puso en mí su confianza decidida, me confió los secretos de sus penas más íntimas, me hizo, más de una vez, confidente de sus congojas. En días impiadosos, al sentir que rodaba al precipicio, buscó ayuda en mi mano, siempre tendida hacia él para ayudarlo y detenerlo en la pendiente. Y en 1927 vino a buscarme a mi rincón de provincia, a sentirse más amigo y más mi hermano en el ambiente de mi hogar.

Por el contrario, fue notoria su falta de cordialidad para el trato familiar. El matrimonio vivía, apenas, una vida regular en cuanto a comodidades, y en un momento dado, don Antonio y doña Pastora resolvieron trasladarse a Bogotá en busca de mejor ambiente. Al ausentarse sus padres, el niño Miguel Angel de tres meses de edad, quedó confiado a sus abuelos, don Emigdio y doña Benedicta, vecinos de Angostura. Con ellos vivió sus años de infancia y adolescencia, y supo quererlos con toda intensidad. Nunca olvidó Miguel Angel aquel cariño, el más grande de su existen-

cia. Al través de sus cantos fulge siempre la imagen de la dulce Benedicta. Como un perfume de la niñez, el amable recuerdo de la abuela suavizó muchas veces la aridez de su corazón. En 1895, muchacho ya de doce años, resolvió viajar a la capital del país, a conocer a sus padres, y realizó aquel viaje, feliz en la esperanza de mejores días. Qué desilusión! De su permanencia en Bogotá tuvo siempre un ingrato recuerdo, mimos maternales, ternura, todo aquello que embellece la infancia, que ilumina la adolescencia y que al través de la vida y de los años es el más puro y sagrado de todos los recuerdos. Hé aquí, la primera causa del infortunio de Barba Jacob. Con el espíritu angustiado por el desafecto de sus padres, en 1897 regresó a Antioquia, a su querida Angostura, al lado de sus abuelos.

Escribió entonces, sus primeros versos. Los dedicó a la señorita Amelia Uribe, novia en aquella época de su primo hermano Luis Felipe Osorio. Este, enamorado y por lo mismo agradecido, puso en manos de Miguel Angel, en pago de sus versos, cinco reales que fueron para el poeta un verdadero tesoro. Barba Jacob no olvidó nunca ese episodio y solía referirlo a sus amigos en sus tiempos de gloria.

Desde sus primeros estudios en las escuelas públicas de Angostura, hasta los que ensayó en la Escuela Normal y en la Universidad, sobresalió

entre sus condiscípulos por su desaplicación y su falta de compostura. La rebeldía se manifestó en él desde la infancia, una arisca independencia que habría de acentuarse más tarde con caracteres implacables hasta su día final.

En la última guerra civil de Colombia, fue reclutado para el servicio militar. Actuó, como soldado, en las tropas que comandaba el general Julio C. Gamboa; como sargento mayor, a órdenes del general Aníbal Márquez; como teniente, en el batallón Frontino, al mando del general Rubén Restrepo, y como capitán en el ejército que dirigía el coronel Abraham Rojas. Los grados militares le fueron concedidos por consideraciones personales, no por méritos o conocimientos en las artes de la guerra. Pero nunca tuvo que disparar un fusil. Porfirio solía narrar en términos regocijados los numerosos episodios de su campaña. "Fuí soldado — decía — sin quererlo y sin pensarlo, en una guerra civil; actué en ella como un autómeta, porque sí, porque una fuerza superior, el gobierno, después de reclutarme, me obligó a marchar, hoy en un batallón, mañana en otro, en busca de un batallón contrario, de hermanos en la patria, para dispararles al primer encuentro. He aquí, en ese paréntesis de mi vida militar, el símbolo exacto de las guerras, que ensombrecieron la república".

Terminada la contienda, el bardo volvió a Santa Rosa en calidad de maestro. La escuela urbana

de su pueblo natal tenía por ese entonces un personal de cuarenta discípulos. Puede decirse que con ninguno de ellos logró congeniar, pues le faltaba el don principal para aquel oficio: la paciencia. Su mano blandía a todas horas la férula y a diario disgustaba con sus educandos, especialmente con los de mayor edad. En tales condiciones, comprendió que debía abandonar el plantel, y así lo hizo.

Quiso ensayar de nuevo la vida en la capital del país y se dirigió a Bogotá. Refractario a los empleos públicos, no los buscó a pesar de su pobreza. Para sostenerse en esa ciudad fundó una publicación de carácter literario, el "Cancionero Antioqueño", y adoptó el seudónimo de Maín Ximénez. Naturalmente, la vida se le hizo imposible con los pequeños productos de la revista y a los pocos meses se vio obligado a suspenderla y regresar a Antioquia, a Angostura, en donde fundó un colegio con el nombre de "Jardín Infantil" que tuvo poca duración.

Más tarde fue a Yarumal. Su amistad con Francisco Jaramillo Medina, que habría de ser al paso de los tiempos uno de los grandes poetas de la Montaña, lo acercó a Teresita. Y Teresita, como era natural, fue su primera novia. El bardo de extraordinaria sensibilidad y la dulce niña de Yarumal se quisieron hondamente. Miguel Angel, sita toda ternura y suavidad, ligeramente hechi-

zada por las estrofas de Maín Ximénez. Y fueron entonces los claros días de abril, de ensueños y de ilusiones, el amor, la alegría, el entusiasmo, todo aquello que pasó por el alma de Miguel Angel como un fugaz relámpago de colores, a perderse en las sombras del porvenir.

El poeta, en las noches estrelladas, como en un cuento, recitaba al oído de Teresita, al pie de su reja, romances de amor. Otras veces, en altas horas nocturnas, la música de las serenatas volaba en el silencio, y los versos de Maín declamados a media voz entre armonías de tiples y guitarras, volaban también, al través de las rejas, hasta un herido corazón. Y así las noches y los días en el dulce engaño de un amor que habría de truncarse muy pronto por un mandato del destino.

La familia de Teresita quería a Miguel Angel, hermano espiritual de Francisco, amigo de la casa, camarada cordial de todos ellos, pero se opuso a aquel amor. El poeta no era un hombre práctico, no tenía una profesión lucrativa, y no tenía dinero a sus 23 años. Su instinto migratorio, su carácter rebelde, su inconformidad con la vida provinciana, su loco anhelo de viajes y aventuras ya bien despierto en su corazón, todo en él era un obstáculo para la vida del hogar, de suyo apacible, sin más normas que el amor a la familia y el cumplimiento del deber. El 12 de octubre de 1905, Julia, hermana de Teresita, y Ricardo Hernández,

amigo íntimo de Miguel Angel, celebraron su matrimonio. El bardo fue invitado a las bodas y en ellas recitó un canto a Julia. Estuvo relativamente alegre, al lado de Teresita, esa mañana nupcial; pero el rechazo de sus amores, que había abierto honda herida en su alma, lo impulsó, decepcionado, a marcharse, y se marchó.

Era 1906. Otra angustia mayor esperaba a Maín, un nuevo dolor, más terrible esta vez: la muerte de Benedicta. Era ya demasiado para sus nervios en tensión, para su espíritu acongojado en la ausencia de Teresita, la novia ya perdida para siempre. En aquella hora siniestra, me decía Porfirio, no tuve sino un solo pensamiento: la muerte. Un disparo de revólver, una copa de láudano, y todo concluido; pero, cuando iba a realizarlo, pensé en el mar nunca visto, en las tierras distantes, en la gloria quizás. Y me contuve, y salí en busca del mar.

Con unos pocos pesos en el bolsillo, a pie y angustiado, salió de Angostura una mañana. Desde la última colina del contorno miró por vez postrera hacia el pueblo de humildes tejados, al campanario desvanecido en la niebla, hacia el lugar del cementerio aldeano en donde quedaban para siempre los despojos de su adorada Benedicta. Y traspuso la colina familiar. Anorí, Zaragoza, pueblos y caminos de Antioquia lo vieron alejarse, pálido el rostro y los ojos humedecidos por la emo-

ción del adiós. Días y noches de penosas jornadas, y el Cauca, al fin, y el Magdalena después, y Barranquilla, la de los claros blasones, al final de la ruta. Las angustias, los obstáculos de ese viaje tremendo; las fatigas y las penalidades sin número, a través de selvas inhóspitas y caminos desolados, templaron el corazón del lírico caminante que iba, sin saber a dónde, en busca de la aventura soñada, de la felicidad apenas presentida, de algo desconocido que no podía definir y que, a lo largo de los tiempos y de los viajes, habría de culminar en la diadema de la gloria y en el reposo de la muerte.

SURGE EL POETA

En Barranquilla permaneció varios meses. Con Lino Torregrosa, Miguel Rasch Isla, Leopoldo de la Rosa y otros jóvenes poetas, formó un cenáculo literario, una bohemia que dio a la poesía nacional joyas de antología. Allí escribió algunos de sus poemas, entre ellos, "Parábola del Retorno", uno de sus cantos predilectos por la frescura de su inspiración, por la hondura del sentimiento, por la suavidad y la emoción; "La Tristeza del Camino", "Campaña Florida", "Mi vecina Carmen" y otros. Puede decirse que en esa ciudad empezó su vida literaria, pues antes sólo había escrito ligeros ensayos poéticos. En homenaje a Ricardo Hernández, su camarada de juventud, es-

poso de Julia, adoptó el seudónimo de Ricardo Arenales que hizo célebre más tarde en todo el continente.

En el alma de Maín surgió de nuevo la inconformidad y el sueño de los viajes por realizar, dio alas a su fantasía. Y se marchó a Costa Rica, luego a Jamaica, a Cuba después, y por fin a México. Y he aquí al poeta de Santa Rosa de Osos, de 25 años cumplidos, en la ciudad de Monterrey, en el México de sus ambiciones, con un extraordinario ímpetu para la vida, valiente y decidido a todas las contingencias, como el soldado sin temor que esgrime su lanza contra la fortaleza que aspira a conquistar. He aquí a Ricardo Arenales, el muchacho impaciente de Angostura, hombre ya y enfrentado resueltamente a la vida, en un país extraño que habría de darle amargura y placer a lo largo de su existencia, y gloria también, resplandeciente gloria, y paz acogedora a su sepulcro. La poesía, la literatura, el periodismo, todas las actividades intelectuales constituyeron su ambición. Y se entregó de por vida a las nobles faenas del espíritu.

En Monterrey permaneció algunos años. Hizo amistad con los más distinguidos escritores de la bella ciudad mexicana, escribió varios de sus poemas, se sintió hechizado por primera vez con los paisajes de aquella tierra iluminada, de altas y solemnes montañas, de valles de fastuoso color, y

sintió una vaga impresión por una mujer de belleza extraordinaria. Fue redactor, un tiempo, y luego, en 1910, director del diario "El Espectador", periódico que desapareció cuando, por circunstancias políticas, Ricardo fue encarcelado. En enero de 1911 salió de la prisión, en donde recibía dominicalmente la visita de don Celedonio Junco de la Vega, su amigo nobilísimo, padre del ilustre escritor Alfonso Junco. En Monterrey fundó la "Revista Contemporánea", publicación quincenal, de alta calidad cultural, que apenas vivió de enero a junio de 1909. En 1913 viajó a la capital azteca. Y México, la opulenta ciudad, como en un cuento de niños y de hadas, produjo el encantamiento. En la prensa capitalina dio a conocer sus poderosas facultades mentales, su formidable dialéctica de periodista de combate. Y dio a la publicidad los poemas que había escrito en Barranquilla y otros que habían nacido ya bajo el cielo de México: "Parábola de los Viajeros", "Espíritu Errante", "Ante el Mar", "Los Niños", "Canción Ligera", "La Estrella de la tarde".

Desde entonces, su vida fue una interminable sucesión de viajes y regresos por todos los países de Centro América, Estados Unidos y las Antillas. Es imposible, sencillamente, seguir paso tras paso aquella vida tormentosa, tan imposible como seguir en sus vaivenes la hoja arrebatada por el viento, que va a la cumbre y a la hondonada, que

fulge al lampo del sol y se pierde luégo en la sombra.

En México, por aquellos años, hubo una sucesión de gobiernos y de revoluciones. Ascendía al poder un presidente y su rival lo derribaba con un golpe de cuartel o en una rápida escaramuza revolucionaria. Un día, un militar vencedor, desde la presidencia imponía su voluntad al pueblo azteca, y otro militar más afortunado, al día siguiente, a un golpe de machetes se tomaba el poder. Ricardo, en ese tormentoso período de la vida mexicana, iba y venía de un país a otro, regresaba a México, volvía a Guatemala, visitaba al Salvador, a Honduras, a Nicaragua, escribía versos, fundaba periódicos, administraba bibliotecas públicas, dejaba obrar sus instintos desencadenados, hacía prosélitos en todas partes con la extraordinaria facilidad de su conversación, se hacía querer y odiar, y uncía a su carro de poeta en plenitud de fama y honores literarios, coros de admiradores. En épocas florecientes, solía vivir como un príncipe, en señoriales mansiones, con opulencia y esplendor. El lujo lo seducía, los tapices fastuosos, los cuadros de alto mérito, los muebles antiguos, los libros de severa encuadernación, los trajes más finos, los licores más exquisitos, las viandas más excelentes, los placeres más refinados. Y en horas oscuras y amargas, vivía en lóbregos zaquizamíes, entre el hampa

que aulla en los suburbios su liviandad y su depravación.

Porfirio, en sus horas espléndidas de arte, empezaba a hablar lentamente. A medida que avanzaba en su exposición, iba subiendo la voz y se verificaba en él una verdadera transformación. Se erguía cuan alto era, nervioso y severo, sus ojos inquietos y vivos resplandecían con brillos extraños, sus brazos se movían como dos remos agitados, sus manos trazaban signos en el aire, sus cabellos caían en rebeldes mechones sobre la frente despejada, sus palabras surgían caudalosas y los oyentes, como hechizados, fijos los ojos en aquel hombre transfigurado, seguían el vuelo de las imágenes radiosas, de los argumentos categóricos, de las estrofas alucinantes. Porfirio, en esas horas adquiría proporciones geniales. Su conversación, como un vino melódico, producía embriaguez. Oírlo recitar sus poemas, disfrutar de sus diálogos, escuchar sus narraciones y ser espectador o confidente del poeta en sus momentos de inspiración, era una gracia de los dioses.

En Nicaragua, una noche, un tal Ricardo Arenales, su homónimo, cometió un asesinato. El poeta fue llevado a la cárcel y escarnecido. Al día siguiente, con la intervención del Cónsul de Colombia y sus amigos escritores y periodistas, fue aclarado el error y capturado el verdadero asesino. Ricardo, enfurecido con el suceso, renegó

de su nombre y se bautizó con otro inconfundible: Porfirio Barba Jacob. Cuatro nombres, pues, hizo célebres en su vida: Miguel Angel Osorio, Maín Ximénez, Ricardo Arenales y Porfirio Barba Jacob.

Un día siente la inquietud de la patria distante y endereza su rumbo a playas de Colombia. Viene por instinto, porque sí, porque en una brisa marina sintió un olor a montaña nativa. Llega a Manizales y se me presenta de frente, en silencio, mirándome fijamente. Viene más desgarrado, las manos huesudas y nerviosas. Y son las confidencias, las narraciones extraordinarias, una larga historia de viajes, alegrías, angustias, triunfos y derrotas. Sesenta días permanece en esta ciudad. Es el mismo de siempre. Sólo que está feliz en la patria, y en mi hogar, a mi mesa, entre los míos, saborea otra vez la tradicional Nochebuena, las comidas de Antioquia, y devora implacable, como queriendo saciarse y resarcirse de una ausencia de tanto tiempo, los manjares sencillos, los frutos familiares de nuestras huertas. Y va y viene por todas partes, dichoso como un niño. Y de pronto se ensombrece. Y una grave arruga le cruza la frente. Está poseído por el demonio interior. Siente necesidad de declamar sus versos, y los recita de qué manera. Aún me parece verlo, en la penumbra de mi cuarto de estudio, alto y flaco y nervioso, con las manos crispadas, los cabellos revueltos y la voz solemne, declamando

aquellas canciones que durarán sin fin... Y sigue peregrinando. En Bogotá le rinden homenajes, le aclaman maestro, le escuchan reverentes los viejos y los jóvenes panidas. Los cantores de vanguardia comprenden aquel hombre, miden aquella hondura interior, saborean aquellos ritmos extraños e inquietantes. Y en torno a él hacen coro los discípulos como en los tiempos antiguos, bajo los pórticos sagrados, a la sombra de los platanos simbólicos, los efebos atenienses a los altos Númenes. Y torna a sus andanzas, de país en país. Y así seguirá hasta la muerte, porque es su sino, porque su frente está estigmatizada, como la de Poe, como la de Verlaine.

Reconcentrado ahora en mis recuerdos, me parece ver a Porfirio por esas calles de La Habana, caminando a pasos lentos, solo entre la multitud, ajena a todo lo que giraba a su alrededor, abstraído en un verso recóndito, el pensamiento ausente de la tierra, como sonámbulo, con la imaginación en las alturas. Una pobreza franciscana lo tenía estacionado en la capital de Cuba. Escribía para los periódicos independientes y publicaba poemas. En mi cuarto del Martínez Housse, Avenida Martí, recibía sus visitas todas las tardes. Vengo de mi zahurda, me decía. Qué cosa tan tremenda es aquello! Aquí me siento bien. Hay luz, color, tranquilidad. Aquí se puede hablar de poesía, recitar versos, escribir lindos cantos. En-

cendía un cigarro, se tendía en un diván, miraba a todas partes y comenzaba a hablar de Colombia primero, de sus poetas, de sus políticos. De México después. De sus grandezas y de sus miserias. Largas narraciones aquellas, de tal amenidad, que a veces se prolongaban hasta el amanecer. Con unas copas y unos cigarros. Y el diálogo otra vez. Algunas tardes, y casi siempre en compañía de Luis G. Urbina, gran poeta y mejor amigo, mi vecino de pieza en el Martínez Housse, paseábamos por el Malecón, a orillas del mar. La visión radiante del océano en los crepúsculos habaneros, emocionaba a Porfirio, y empezaba a declamar. Qué versos aquéllos, qué poemas aquéllos, qué modo de lanzarlos al espacio como monedas de oro que fulgían en la tarde y se hundían como música en el verde azul del mar.

Debo declarar en forma terminante y en honor a su memoria, que jamás le oí hablar de sus vicios, esos tan ponderados vicios abominables de que tanto hablan por ahí los escritores que nunca lo conocieron ni trataron, esos vicios satánicos de que él mismo se ufanaba, según refieren crónicas, esas pasiones que cantó en admirables poemas y que crearon en torno suyo un ambiente diabólico de perversión. En vida de Barba Jacob, amigos y enemigos del bardo apenas sí se atrevieron a comentar a la ligera, vagamente, las aberraciones sexuales del gran lírico; pero, bastó que

se anunciara su muerte, para que desde encumbradas medianías hasta el último de los gacetilleros de provincia, proclamaran a todos los vientos el impudor del poeta, sus nefandas pasiones, sus costumbres desvergonzadas. No niego el hecho ni lo confirmo. No podría negarlo, si el mismo Porfirio en varios de sus poemas exaltó sus vicios. Afirmo sí que nunca le oí hablar de ellos, ni en los últimos diálogos ni en sus cartas. Jamás. Siempre tuvo para conmigo el merecido respeto, el pudor que inspira una alta y noble amistad. Alfonso Junco, eminente literato de México, dilecto amigo de Barba Jacob, confirma mis palabras en las líneas que siguen, tomadas de un bello artículo que escribió con motivo de la muerte del poeta: "Nunca, además, perdió cierto hidalgo sedimento, cierto erguido señorío de buena crianza, cierto espiritual decoro que le hacía distinguir y jerarquizar. Puedo dar testimonio de que, al correr de los lustros, en las no pocas veces en que nuestros hilos se cruzaron y coincidieron nuestras horas, nunca le vi actitud ni pensamiento ni palabra sin pulcritud".

Una tarde llegó Porfirio a mi hotel, en un estado de tremenda excitación, con los ojos desorbitados, casi febril, y me dijo: —Estoy poseído por el demonio interior; bullen aquí, en mi cabeza, atropellándose por salir, imágenes e ideas soberanas; quiero escribir unos cantos que le darán

gloria a mi nombre pero no puedo en mis circunstancias actuales. Necesito reposo espiritual, una profunda paz y no tener preocupaciones por el pan diario. Quiero encerrarme siquiera dos meses a escribir versos, en una pieza confortable, con buenos servicios, como esta habitación. Necesito un amigo que me proporcione este descanso. —Ya está resuelto tu problema, le contesté. Pasemos a la oficina del administrador. . . Varios meses pasó Porfirio en aquel hotel, en voluntario encierro, escribiendo poemas y canciones que, al paso de los tiempos, habrían de darle fama continental. El poeta escribía sin descanso, en forma lenta, si se quiere difícil, pero segura y definitiva. “Escribe despacio para mucho tiempo”, dice un viejo aforismo. Barba Jacob lo puso en práctica: escribió lentamente sus versos pero para siempre, con destino a la inmortalidad. Durante esos meses sólo nos veíamos en las horas de la tarde. Pasaba a mi cuarto, con notorio cansancio físico a causa del genial esfuerzo creador. Me leía, como él sabía hacerlo, lo que iba escribiendo: Lamentación de Maín Ximénez, El Cincuentón, La Hora Suprema, Canción de la Vida Profunda, Sapiencia, El Triunfo de la Vida, Elegía de Septiembre, Soberbia, Un Hombre, Canción Innominada, La Vieja Canción, El Despertar, Lamentación de Octubre, Canción del Tiempo y el Espacio, etc., Así ví nacer primero y crecer en gloria después, más de veinte

poemas de Porfirio, sus canciones más conocidas y admiradas; sus soberbias interpretaciones de la vida, del amor, del dolor, de la alegría, de la amargura, de todas las pasiones que conmueven el insaciado corazón. Al acercarse la hora de mi regreso a Colombia, le pedí a Barba Jacob sus versos, para hacerlos conocer en la prensa de mi país, y el poeta, al separarse de mí en el muelle de San Francisco, hasta donde vino a despedirme con otros amigos cordiales, puso en mis manos, copiados por él mismo, todos sus cantos. Me tocó, pues, por su expresa voluntad, traer a Colombia y difundir en la prensa nacional toda la poesía de Porfirio. A título de anécdota, refiero lo siguiente: Cuando escribió la "Canción de la Vida Profunda" y pasó a mi habitación a leérmela, constaba de nueve estrofas. Así se publicó en La Habana. Más tarde, suprimió dos de ellas y me entregó el original para que yo me encargara de su difusión, encareciéndome tales supresiones, pues consideraba, y con razón, que dichas estrofas no estaban a la altura de las siete restantes. Tanto él como yo enviamos copias de esa poesía a la prensa de Centro América, y al llegar a Colombia la hice publicar en revistas y periódicos pues no se conocía. Las dos estrofas en mención eran la tercera y la sexta en el original del poema. Las copio aquí únicamente como una curiosidad literaria. Dicen así:

La tercera:

**Y hay días en que somos tan frágiles, tan frágiles,
cual infantil goleta sujeta al temporal;
tras el castigo bíblico de terrenales luchas
el corazón invoca su predio celestial.**

Y la sexta:

**Y hay días en que somos tan tímidos, tan tímidos,
como la flor oculta que oculta su candor;
ante el valor de un Hércules el alma se conmueve
quizá hasta el trance mismo de convertirse en flor.**

En 1931 sintió los primeros síntomas de la tuberculosis. Un tratamiento, eficaz al parecer, le dio una mejoría transitoria. Dos años después, y ya de nuevo en la vida bohemia, estuvo grave en un hospital. Sufrió incontables padecimientos pero recobró un poco la salud, gracias a generosos esfuerzos de varios hombres de ciencia. Desde entonces, su vida pasó en alternativas. Bien en ocasiones, mal otras veces, en grave estado de postración moral. Así vivió los últimos años en cuyo discurrir sólo escribió política de combate y unas pocas canciones. En 1940, la enfermedad de Porfirio, de caracteres implacables, dominó totalmente su organismo y el poeta cayó al lecho en absoluta postración. Empezó entonces su calle de amargura hasta el calvario de su muerte. En las

últimas cartas que me escribió de México, Barba Jacob habla de su enfermedad en forma extensa, del avance de la tuberculosis que iba destruyendo sus pulmones, de su situación dolorosa, de su amor a la poesía y de la fe que había renacido en su alma, como único consuelo en su desolación. De agosto a diciembre de 1941 se hizo más notoria su gravedad y en los primeros días de enero de 1942 se presentaron los síntomas finales. En la entrevista que tuvo con Alfonso Junco, convino en que el Presbítero Doctor Gabriel Méndez Planarte viniera a visitarlo. Y el 5 de enero hizo Porfirio confesión general, y en la noche del mismo día recibió la comunión, con vivas demostraciones de alegría y quedó en largo silencio, en honda meditación. El 12 de enero empezó la agonía del gran poeta, conmovedora y terrible por las circunstancias de la asfixia. Barba Jacob era ya una sombra de lo que fue. Su cuerpo, aniquilado por la tuberculosis, era en verdad como una llama al viento, que en esta vez fue el viento de la muerte. Al apagarse alcanzó a modular: — Dios mío, Dios mío, se terminó esto —. El poeta murió abrazado al crucifijo, a las 3 y 10 minutos de la madrugada del 14 de enero de 1942, a la edad de 58 años, 5 meses y 17 días de su existencia terrenal. Los restos de Porfirio fueron sometidos a la cremación y sus cenizas se depositaron en una urna metálica. En la mañana del 13 de enero

de 1945, llegaron a Antioquia esas cenizas sagradas y después de los solemnes oficios religiosos fueron llevados al Cementerio Universal de Medellín, última playa del viajero incansable.

La obra poética de Barba Jacob sólo consta de noventa poemas escasos, incluyendó en ese número algunas canciones y poemas inéditos que me había enviado en 1941. En prosa, dejó escrita una obra, "La Filosofía del Lujo", en más de veinte capítulos, ensayos que el poeta tenía en alta estima y que consideraba fundamentales; varios capítulos de "Niñez", libro que empezó a escribir y que nunca terminó, de evocaciones de tierras y gentes de su infancia; un volumen de artículos diversos, como "La Divina Tragedia", "Claves", "El Testamento de Fo-Yao", "La Diadema", "Predestinación", etc.; un libro epistolar que contiene su correspondencia con poetas y literatos de Colombia y otros países; y un gran número de artículos políticos y doctrinarios que formarían varios volúmenes.

El análisis definitivo de su poesía no se ha ensayado todavía con acierto en esta república de letrados. No lo he emprendido yo tampoco en esta ocasión porque he querido, primero, trazar los perfiles del hombre, del sér humano sometido a los rigores de una suerte impiadosa. Mañana quizás, si Dios alarga mis horas, escribiré ese análisis.

He aquí, a grandes rasgos, la vida de un poeta inmortal que fue en el mundo un hombre de aventuras sin término, católico y pagano, ajeno al Bien y al Mal, peregrino de todas las latitudes, múltiple y contradictorio en sus actividades y sus sentimientos; un sér extraño, bondadoso y satánico a un mismo tiempo, que amó el lujo y los detalles del espíritu y de la carne, y desdeñó a la vez, desde los sótanos de su infortunio, la riqueza y la alegría de los demás, que cultivó con morbosa delectación vicios y virtudes que él mismo se encargó de ponderar ante las gentes; un hombre raro, en fin, que nació en la Antioquia patriarcal y parecía un ciudadano de la Roma decadente; que tuvo siempre, por encima de todo, un corazón de niño; un poeta genial cuyas estrofas fulgen como piedras preciosas en la diadema de la Patria.

BARBA JACOB EN MEDELLIN

Fue en 1928 cuando en Medellín recibimos el anuncio emocionante. Teníamos en la Villa un grupo medio informal de gentes de pluma, reunidos a la sombra de un grato y ya viejo nombre: la Asociación de Cronistas que fundara años atrás Luis Tejada, cuando al arrimo de Gabriel Cano iniciaba para "El Espectador" sus "Gotas de Tinta" y confeccionaba malas noticias de policía. Un tanto descaecida, la Asociación estaba formada,

no obstante, por gente moza y entusiasta, de algún modo vinculada a los periódicos locales. Romualdo Gallego, en cuya pluma revivía el ingenio sutil de Luis Tejada y Augusto Duque Bernal, eran sus más decididos animadores. Estaban también Jesús Muñoz Cano, periodista de siempre, Luis Bernal, Juan Quintero, Juan Clímaco Vélez, Libardo Parra Toro, Abel García Valencia, Carlos Betancourt Arango, Juan Zuleta Ferrer y el que estos renglones escribe. Ricardo Uribe Escobar, Jesús Tobón Quintero y otros veteranos diaristas llenos de prestigio, nos prodigaban una simpatía indulgente que pocas veces se tradujo en más efectivas cosas.

Pero éramos, de todos modos, la Asociación de Cronistas de Medellín y nos sentíamos, muy seriamente, depositarios de la verdad espiritual de Antioquia y del ímpetu lírico de la ciudad, que ya entonces empezaba a desteñirse. Fue en ese carácter en el que tomamos la iniciativa de recibir dignamente a Porfirio Barba Jacob.

A última hora se había sumado a nuestro grupo Antonio Osorio Isaza, estudiante de segundo año de medicina y sobrino del poeta. En su compañía fuimos una tarde, en el auto particular de Alfonso Castro, hasta la estación ferroviaria de Girardota para recibir al viajero. Cómo recuerdo aquel suceso para nosotros memorable. Cuan-

do el tren entró en agujas, dos de los más caracterizados entre nosotros, subieron a los coches de primera en busca de Porfirio, sin otro indicio de identificación que el dado recientemente por Rafael Arévalo Martínez en "El Hombre que parecía un caballo".

Nuestra espera fue breve. De repente vimos aparecer en la plataforma, escoltado por las ufanas figuras, de Romualdo Gallego y Augusto Duque, a un hombre alto y magro que sonreía. Cuando los tres bajaron a la vía y todos pudimos acercarnos, vimos también, con una maleta en cada mano, a Juan Rafael. Era el hijo adoptivo de Porfirio.

En una callecita sola de la cabecera municipal de Girardota, detrás de un viejo jardín de clavellinas y rosales, estaba la casa donde una anciana tía había preparado una alcoba para el autor de "Rosas Negras". En esa alcoba y en aquel jardín cándido, lleno de las mismas provincianas flores que Barba Jacob puso a lucir en los poemas de su añoranza, pasó unos cuantos días de descanso mientras nosotros preparábamos su primer recital en el Teatro Bolívar.

No había visitado todavía la ciudad y se pasaba las mañanas caminando por los caminos en compañía de Juan Rafael, su hijo adoptivo, para regresar al medio día, alegremente cansado y al-

morzar con aquel su goloso apetito que le acompañó hasta la propia víspera de su muerte.

Cuando por fin se presentó en el escenario de la calle Ayacucho, sobre aquel mismo tablado que pocos años antes ocupara Leopoldo de la Rosa, su compañero y amigo de largos peregrinajes por los caminos de Centro América, Medellín — aquel Medellín fervoroso donde vivían aún Tomás Carrasquilla y Efe Gómez — lo recibieron una nutrida concurrencia y una orquesta de palmas.

Luégo, en el silencio que siguió al efusivo saludo, Porfirio empezó a decir sus poemas. Como sucede casi siempre a los grandes poetas, no era un recitador. Se adelantaba en silencio hacia las candlejas, desde el fondo del escenario. Las luces enfiladas a sus pies y proyectadas hacia arriba y hacia el interior, hacían aparecer más alta su figura que no lo era en exceso. Y gracias a aquel artificial efecto, la nariz era más prominente y más extraña la boca sensual en aquella larga cara mefistofélica. Las manos delgadas y sarmentosas, parecían más morenas y más largas, y él se las frotaba con una especie de contenida nerviosidad a lo largo del silencio inicial que luégo rompía para decir, a manera de exordio, después de haber anunciado el título:

—Voy a explicarles brevemente el origen de este poema.. Poco después de los misteriosos

sucesos que me ocurrieron en el palacio de la Nunciatura...

Y refería pausadamente una de aquellas historias de su desigual peregrinaje: a veces la del príncipe y a veces la del vagabundo, porque ambos coexistían en él, desorbitados y ansiosos.

Los recitales del Bolívar —tres fueron ellos— tuvieron un éxito sin precedentes. Aparte de que la propaganda había sido extraordinaria en todos los diarios, no nos fue difícil conseguir el local gratuito, mediante las influencias de la Sociedad de Mejoras Públicas. Todas las localidades estaban ocupadas y el público escuchaba con extraordinario recogimiento. Se recaudaron más de mil pesos en aquellos eventos líricos. Porfirio estaba gozoso. Cuando a la mañana siguiente de cada recital íbamos a rendirle cuentas, nos recibía en medio de jubilosos aspavientos:

—Eso es estupendo... Qué tierra tan maravillosa...

Se frotaba fuertemente las manos — su tic peculiar — y se iba con nosotros a un rinconcito del café Junín o de La Bastilla, para contar la plata. En menos de una semana se compró cuatro trajes flamantísimos, y cada mañana lucía uno distinto. Llevaba en la corbata, a modo de alfiler, un pequeño lagarto de oro que, ciertamente, como joya no tenía la menor importancia. Pero, muy

seguro del interés que en público y en privado salían despertar sus relatos, decía:

—Véis este pequeño cocodrilo de oro? Es un amuleto maya y voy a contarles su historia: viajaba yo en cierta época...

Estimulado por tan rotundos éxitos, Barba Jacob decidió dar un recital en la cercana población de Caldas. Incidentalmente nos habíamos dado de manos a boca con el alcalde de aquel municipio en la redacción de "El Correo de Colombia", y todo quedó arreglado en diez minutos. El alcalde prometió conseguir el local, y Porfirio ofreció enviar la cartelería y los programas. Nada de esto llegó a cumplir, pero de todos modos el recital tuvo lugar porque el otro sí había cumplido lo suyo.

Nos fuimos en automóvil una noche de luna, y llegamos a nuestro destino ya pasadas las ocho. Había unas cincuenta personas en la pequeña sala. Así y todo el poeta estaba eufórico, muy especialmente a causa de los ocho o nueve aguardientes que habíamos apurado en las cantinas del trayecto.

Pero a última hora una notabilidad local lo echó a perder todo. Cuando después de una hora de panegírico trascendental por parte de aquel efusivo caballero, Porfirio salió a las tablas, el público estaba aburrido y el poeta pasmado. De

ahí en adelante el espectáculo duró poco. Lo necesario para que fueran escuchados a la ligera cuatro o cinco poemas.

Luégo nos largamos más que de prisa después de haber liquidado en la taquilla. De aquella jornada habían quedado libres veintisiete pesos con cuarenta centavos. Fue el último dinero que Antioquia pagó al más eminente de sus poetas. Una semana más tarde se marchó a Bogotá para llevar a cabo en "El Espectador" su fracasada experiencia de jefe de redacción.

Sobre la anecdótica de aquella nueva época de su vida, nadie podría escribir mejores cosas que Lino Gil Jaramillo. O ese otro gran reportero que se llamó Orlando Perdomo y que ahora duerme en el Cementerio de San Pedro su último sueño...

PORFIRIO Y EL CREPUSCULO

A fines de 1929, poco antes de marcharse a México, su segunda patria, para no volver más, Porfirio Barba Jacob tuvo en Bogotá uno de los períodos más amargos de su desigual y accidentada existencia. Habían pasado ya sus días de periodista en la capital, cuando trató, con escasa fortuna, de adaptar al puritano estilo nuestro los usos y costumbres del diarismo azteca de enton-

ces, donde había trabajado por lo menos la mitad de su vida.

Tras haber sido jefe de redacción de "El Espectador", donde lo sucedió Emiro Mejía, un buen periodista antioqueño, sus actividades publicitarias eran bastante limitadas. Prácticamente se reducían a la publicación de sus antiguos poemas, como que su producción durante aquellos años fue demasiado escasa.

Dentro de tales circunstancias, su situación económica era bastante precaria. Le costaba trabajo escribir. Estaba triste y se sentía deprimido, en condiciones las menos propicias a la producción literaria. Además decía detestar a Bogotá. Creo que sus males lo hacían exagerar. Sólo quería marcharse a México y esperaba algún dinero para hacerlo. Gabriel Cano, que siempre fue uno de sus mejores amigos, le ayudaba a vivir. Recuerdo que entonces, como gerente que era de "El Espectador", le había pagado por su poema "Acuarimántima", que apareció con grandes honores en el "Suplemento Literario", la exorbitante suma de cincuenta pesos.

Porfirio distribuía su tiempo de actividad social entre los cafés de la carrera séptima, y las tertulias de los periódicos. Pero cada vez se le veía menos y por fin se recluyó, enfermo y amargado, y sólo unos pocos amigos sabíamos dónde

hallarle y teníamos bastante comprensión para disculpar sus mordacidades, su mal humor y su amargura. Era un maldiciente tremendo. Pero solía tener momentos felices, durante los cuales volvía a ser el conversador entusiasta, el narrador efusivo de sus mejores días. El locutor afortunado de sus propios versos que acostumbraba “decir” sólo como una deferencia especialísima para los mejores amigos, antecediéndolos de un breve exordio circunstancial.

Vivía en la “Morada del Altísimo”, un viejo caserón en la intersección de la calle trece y la carrera décima de Bogotá, y que ocupaba una estrecha buhardilla del cuarto piso, cuya única ventana miraba sobre el tejado hacia el occidente. Los amigos íbamos a verle y procurábamos ponernos a tono con su estado de ánimo. Reposaba en una estrecha cama de estudiante, fuera de la cual los muebles se reducían a un estante de libros y a dos o tres sillas viejas.

Figuraba entre los visitantes un fachendoso caballero — don Diego Hurtado de Mendoza — rector de un colegio de segunda enseñanza en Chapinero, fervoroso e implacable admirador del poeta, hombre amable e inteligente pero ampuloso que “habla en libro” según el decir de Porfirio, usaba traje negro, sombrero cordobés y capa española, y no cesaba de pasearse a lo largo de la habitación. Esto alborotaba los nervios al en-

fermo quien, por ello, no perdía oportunidad de vengarse.

Cierta tarde, ya cerca del anochecer, Hurtado de Mendoza se quedó mirando por la ventana la estupenda puesta del sol sobre la sabana, e hizo uno de sus comentarios habituales:

—Mire usted, mi querido maestro, qué prodigioso atardecer!

Porfirio esbozó el ademán de mirar desde su lecho, hizo una breve pausa, y luego contestó desdenosamente:

—El crepúsculo, dice?... Ah, sí... Regular, Hurtado... Regular... Habla usted con un entusiasmo tan grande como si lo hubiera pintado uno de los niños de su colegio.

PORFIRIO BARBA JACOB

Por Miguel Angel Asturias

En mi Guatemala lo conocí. Era proceloso y hondo. Cuando hablaba manejaba un pincel de rosas con los labios sensuales. Ayuno siempre de esa pequeña actualidad casera, apenas entraba en su habitación, se arrancaba la americana. Surgía una espalda huesosa. A esa espalda huesosa se juntaba un cuello largo. Los brazos también largos. Las manos descarnadas. Con los pulgares abiertos se echaba abajo los tiradores de seda. En rededor de su cintura quedaba bailando el pantalón. Abría las persianas y paladeaba la luz y el aire. Sus párpados caídos sobre sus pupilas le hacían vivir en un como interminable atardecer. Por eso, al abrir las persianas para paladear la luz y el sol, echaba la cabeza hacia atrás. Y así lo hacía siempre que quería ver mejor. Giraba, en seguida, momentáneamente, al parecer, desorientado. Un instante fugaz. Ya iba sobre los zancos de sus piernas hacia la alacena en que guardaba la botella de coñac. Los vasos. De espaldas se le oía paladear, chasquear la lengua,

como si en verdad bebiera, cuando sólo tenía frente a los ojos el licor. Servía rápidamente, abundantemente. Alzaba su copa e invitaba a beber con rito sacerdotal. Esta vez el chasquido de sus labios era más fuerte. Por su garganta larga y flaca se veía pasar el coñac. Lo regustaba. Se llenaba nuevamente la copa. Indagaba en sus bolsillos un cigarrillo. Los llevaba en la bolsa de la camisa. Encogía la mano, anguloso el codo, para extraerse de lo alto de su corazón, el paquete de cigarrillos y se llevaba uno a la boca, luégo de ofrecer a los otros. Fumaba con chupadas hondas. El humo salía por sus narices. Ya estaba el poeta.

De una gaveta extrae su mano, el último poema. Lo lee casi de memoria y así logra vigilar nuestros gestos; mientras lo va leyendo, lee en nuestros semblantes esa primera impresión que a su decir le servía para saber si estaba bien o estaba mal y que nosotros comprendíamos que era sólo lisonja. El cabello negro y duro se le venía hacia la frente despejada. Su mano se lo echaba hacia atrás. Pero luégo se olvidaba y terminaba igual que un director de orquesta. Sílabas a sílabas acariciaba el verso. Palabras sin aristas, redondas y sensuales. Encadenamientos sonoros en que las voces se ordenaban en nuevos sonidos, sorprendentes sonidos, al ligerarse entre ellas. Por eso, fuera de la sintaxis natural, de lo que recitadamente se entendía, otros sonidos surgían, se

percibían por alteraciones insospechadas, música de versos que se formaban, eso que detrás del poema existe y que sólo se oye cuando el poeta lo lee. Sonoros, hondos, paladeados, hechos para quemar, para torturar, sus versos nuevos y sus versos viejos, todo en el torbellino de aquellas horas en que la noche entraba estelar y majestuosa.

No es la habitación de la alfombra roja y muebles tapizados de amarillo oro viejo. Es una casa de pensión. Hay patios. En el patio hay flores. El patio da a un amplio corredor con jaulas de pájaros, mujeres morenas de pelo negro que se mecen en sillas de balancín y chicos que juegan.

Se encierra bajo llave. Ha pedido una escalera. Nadie entra a la habitación. No se le ha podido hacer la cama, cambiar la ropa, mudar el agua de beber. Se le ve con recelo. Habrá cometido algún crimen. Todo el día con la luz eléctrica encendida. Si sale echa llave. Dos vueltas de llave, vuelve cuando menos se espera. Por eso es peligroso entrar, con las llaves que siempre guardan los dueños de la pensión, a ver qué es lo que hace a obscuras, con una escalera. Parece espiritista. Cuando él está en la habitación se oye la escalera trasladarse de un punto a otro apoyada aquí y allá en las paredes.

Le buscamos. Duda si dejarnos entrar a su habitación. Nos sale a recibir al corredor y nos

ve con los ojos echados hacia un lado. Las manos abiertas en las dos bolsas del pantalón atrás, como dos pistolas de cinco dedos. El pecho hueseudo bajo la camisa de seda color de trigo. Una corbata de nudo muy ancho. En el hueco de la boca juega la lengua, mientras le hablamos, como si buscara algo perdido entre sus dientes amarillos y granudos.

De pronto se decide. Alza una de las manos, liberándola de la bolsa de atrás y la coloca en nuestro hombro y nos empuja hacia su habitación. Detrás de nosotros, al entrar, cierra la puerta con llave. Las cuatro paredes asoman a nuestros ojos tapizadas de arriba a abajo con poemas.

—¡Ay, amigos!... se queja, concentrando las pepitas de sus pupilas en nuestro gesto, ansioso de arrancar de raíz la impresión que nos hace, contemplarle en aquel menester de pegar sus versos a las paredes para irlos corrigiendo.

Una máquina de escribir con un poema a medias, tijeras, goma de pegar, con una broca.

Cuando al subir y bajar a la escalera le fatiga, se deja caer en la cama revuelta, esconde la cara y llora. Lloro por la imperfección del verso, con el dolor del poeta niño que no encuentra cómo decir lo que quiere. Por fin se consuela. Una pequeña chispa ha surgido en su mente. Chispa que se hace luz, luminaria, incendio. Y quemado por

esa gran hoguera trepa nuevamente a la escalera, después de escribir a toda velocidad en la máquina, cargando el tesoro del renglón que le faltaba, y lo pega.

—Saben, saben... es mi escala de Jacob...

Soñaba con un libro de versos en que todo fuera móvil, en que los poemas, aparentemente estables, pudieran ser modificados hasta el infinito, y por eso, huyendo de lo definitivo de la letra impresa, nunca realiza el libro con que sueña. Sobre su mesa se hallan cartulinas, papeles caros, muestras de bellas tipografías, y sus manos sabias en el manejar estos elementos vuelan, transparentes y delgadas, ordenando las futuras páginas de su imposible libro. No falta el mecenas. Además todos suscriben los ejemplares en los boletines de la edición.

El proyecto envejecerá sin realizarse. No es hora de publicar libros de versos, dice, sino de dar gritos contra la injusticia humana.

Y gritará en reclamo de "Un bardo que acoja hoy la tristeza desesperada de los humildes, que están locos de rabia y amenazan el eje diamantino de esta sociedad inicua". "Un hombre que advierta en el giro de las horas, el giro de la Edad porque fluctuamos en el crepúsculo de una Edad del mundo: la que hoy se despidе será agregada a la cronología de la Edad Media, o se le dará el

nombre de "Edad Horrible", o se hará con las dos una verdadera Edad antigua".

Pero las palabras le seducen, y vuelve a la música de las palabras. Su palabra preferida es "Acuarimántima", inventada por él y que para él quiere decir todo lo que sugiere un viaje, una mañana con sol, mujeres, ondinas, lirios, niños... "Acuarimántima", palabra con la que luego titula uno de sus más bellos poemas.

El libro, su libro, sin embargo no llega. El mismo ha de expresar: "por más que hube reunido quince, veinte poemas de mis hatillos, rehusé asesinarlos y sepultarlos dentro de un libro".

IV

Y él nos inicia en lo que es la poesía esencialmente: magia. Usar la palabra como fórmula de encantamiento. Después de explicar que "la lírica hispanoamericana necesita dilatar el imperio de sus libertades. No es posible dejarla donde la llevaron los maestros desaparecidos y los contemporáneos que declinan. Es necesario ir más adelante, no sólo para que resuene en nuestros cantos la voz de esta Edad, sino para que nuestros sucesores en el culto apolíneo, reciban la lira con nuevas cuerdas". Después de decir "lo difícil que es poner en esas formas el temblor de hoy, la inquietud que

nos envuelve en su onda y hasta un poco de la inquietud que amanecerá mañana”. Después de sus consejos de retórica amordazante, pero que en verdad esconde, un buen día lo grita: “Todo esto; corrección de estilo formal, primor, melodía, libertad natural, libertad extranatural de sustituir enlaces melódicos a enlaces ideológicos o de eludir relaciones intermedias como elude un águila espacios a aletazos, todo esto es vana fórmula, si uno no ha sido hechizado”. Y luego ha de afirmar: “Mi poesía es para hechizados. Aunque se manifiesta generalmente con una apariencia de tranquilidad, está llena de temblores, de relámpagos, de aullidos...”

Así lo conocimos...

PORFIRIO BARBA JACOB

RECOMIENDA A LA JUVENTUD, LUCHAR CONTRA LA LUJURIA

Y como una antítesis, como según el pensamiento de Montaigne “el hombre es cosa vana, variable y ondeante, y es difícil formar sobre él un juicio definitivo”, fue Ricardo Arenales también, quien me dirigió a mí una bellísima carta en el año de 1916, desde Monterrey, carta de la cual extracto los siguientes bellísimos párrafos que muestran una faz completamente distinta de nuestro atormentado poeta, ángel y demonio al mismo tiempo: (1)

“Alfonso:

Ahora veo que habiendo escrito mucho no le he dicho casi nada de lo que quería decir y me duele ello tanto más, cuanto que comprendo que no podré hacer con frecuencia, como es mi deseo, cartas largas como ésta. En fin: no puedo dejar sin respuesta sus palabras tan llenas de ternura, que revelan tantos temblores. Mi Alfonso, mi di-

(1) Esto es extracto de una carta al Dr. Alfonso Mora Naranjo.

lecto discípulo Alfonso, mi querido hijo Alfonso es ya todo un hombre y un hombre joven que es la cosa más bella que hay en el mundo...! Cuando me dice que lucha y sufre, que es un rebelde, me sonrío con lágrimas. Y pienso: mi Alfonso quiere luchar, quiere abrirse camino! Mi Alfonso habla del "tedio horrible del pueblo", de las "almas municipales" y de mil cosas más, exactamente como yo hablaba. ¡Dios mío, Dios mío!, esto es la vida: la perenne renovación. A unos jóvenes suceden otros jóvenes. Como dice el bello verso de Lucrecio, la antorcha pasa de mano en mano...

Todo eso está muy bien: todo eso me está diciendo que es usted un sér que vive, un cerebro que piensa, un alma que anhela. Ya llegará la hora en que usted, como yo, haga la crítica de sí mismo y en que **sonría con lágrimas**; la hora en que lllore sobre los laureles ensangrentados. Entretanto, viva y obre siempre asistido de sus ángeles familiares. **No sonría desdeñosamente: sonría con piedad, o mejor aún, con caridad.** Los hombres no son buenos; sepámoslo; pero seamos con ellos tan amorosamente justos y tan llenos de indulgencia, como si estuvieran en la víspera de una regeneración perfecta. Usted ya es un joven de 18 años: no importa! **No deje que se muera el niño que hay todavía en usted. Sea todo lo más infantil que pueda. Ahora le es fácil; más**

tarde tendrá que esforzarse; pero no olvide usted, Alfonso, que el niño, quizás por estar tan cerca de Dios, puesto que de él acaba de llegar, atesora virtudes divinas. Defienda usted siempre sus virtudes divinas.

Una de esas virtudes es la castidad. Sea casto. Lúche, sángrre, fatíguese, gima, pero no se entregue jamás en brazos de la concupiscencia. Nada hay peor, nada hay más feo, nada hay más indigno de un alma. Sólo en la castidad están la inteligencia y la fuerza. Yo acabo de recorrer el pueblo de los yanquis, y he descubierto que es un pueblo esencialmente trabajador y que todo su poderío tiene por base la castidad de los hombres y la pureza de las mujeres. Aún en Nueva York, la ciudad más corrompida de Estados Unidos, se ven menos manifestaciones de lujuria que en otros lugares. Los jóvenes se casan generalmente a los 30 años, sin haber conocido los deleites de la mujer. (1)

Los alemanes son castos: por eso es uno de los pueblos más fuertes, más inteligentes, más religiosos y más serios del mundo.

(1) Esto era hace 60 años. Hoy ya, debido a la sexualtría, esa civilización entró en decadencia.

El donjuanismo, condenado tan valientemente por Miguel de Unamuno; el tenorismo, la galantería, la literatura erótica, son síntomas de degeneración. No cultive usted estas lacras morales. Ame, ame siempre con pureza, y esa pureza se manifestará, aún sin usted advertirlo, en sus mejores cantos. Nada hay más grande que la pureza apasionada de un grande amor. Nada hay en los cantos de amor que supere en virtud celeste y humana a la Vita Nuova del Dante.

Recuerde usted, Alfonso querido, que todos, absolutamente todos los grandes hombres, han sido castos; si hay excepciones, son siempre sospechosas.

No le encarezco ahora otras virtudes, porque por sus cartas he visto que usted no tiene tendencias a ningún vicio. Si lo prevengo contra el de la lujuria, es porque es el enemigo que va con nosotros, es el que ha hundido mi vida, y sé, que es el más difícil de vencer. Rechácelo si llega a su puerta; rechácelo en nombre de la Religión, de la Familia, de la Sociedad, de la Gloria, y, en último caso, en nombre de la Fisiología!"

Porfirio Barba Jacob

LA MUERTE DE BARBA JACOB

Alfonso Méndez Plancarte - Confesor del Poeta

Colombiano, de la fuerte región de —Antioquia— el oro en la montaña, la orquídea en el bosque, la palmera en el soto, el maíz en el surco y el evangelio y la égloga en la vida, nació a integrar el coro antioqueño, con Epifanio Mejía, Gutiérrez González y Jorge Isaacs —fano, tal como este, de su sangre judía, “de quienes es, según la carne, el Señor Jesús”—. Corría el 1883 —más bien que el 1880 que otros le asignan—, cuando vio la luz en Santa Rosa de Osos, aquella “**Santa Rosa, sobre oro edificada**”, de cuyas torres vuela el Ave María sobre uno de sus poemas. Allí se deslizó su infancia feliz, junto a sus abuelos, entre labriegos “de una gran sencillez y muy cercanos a la perfección evangélica”, llegó a los 14 años “inocente, quizá un poco retardado por la falta de escuelas... y el afán de vagar por el campo”, y a los 15 —ya enviado a Bogotá— “comenzó a leer poesía” y darse a las letras.

Pronto surgió, con todo, el **Judío Errante**, que debía arrastrar por toda nuestra América, desde Perú a Texas, una leyenda —y una vida— de **poeta maldito**, volando sobre las fronteras no bien se abrían las que llamaba sus alas: **Me voy...** Ni de otra suerte renovaba sus nombres, cual si quisiera siempre aligerar su pasado: **Miguel Angel Osorio**, el que nació en Santa Rosa, fue a poco —y brevemente— **Main Ximénez**; luego —con más longevidad— **Ricardo Arenales**, el de indeleble y grato recuerdo en Monterrey, junto a sus grandes amigos López Velarde y González Martínez: y al fin —previa mortuoria esquila del anterior— **Porfirio Barba Jacob**, para huir de un fusilamiento en Guatemala, o —según otros— de una no menos molesta homonimia.

“En Méjico, con cuya vida se identificó más —dice Federico de Onís—, residió más tiempo y desenvolvió su personalidad exaltada, atormentada y libérrima”. Llegado desde 1907 a nuestra patria —que juzgaba “un país extraordinario”, y le gustaba “muchísimo”—, estrenó su pluma en “El Imparcial”, antes de remansarse en Monterrey, donde trabajó larga y ardorosamente en la prensa, fue profesor nada menos que hasta de Apologética, y se creó afectos de admiración y de cariño que al cabo de años le serían preciosos ante la muerte. Y luego, a su regreso a esta tierra —de la que tuvo la honra de ser exiliado

por Calles, juzgando “pernicioso” al editorialista—, culminó en el primer plano de nuestro periodismo con sus **Perifonemas** del diario **Ultimas Noticias**, que lo ha recordado ahora como su “fundador”, hasta que —ya abatido por su vieja dolencia— tuvo que abandonarse a triste reposo.

De las facetas pintorescas del hombre —que era pariente, en esto como en el genio, de Baudelaire y Oscar Wilde—, ya otros han evocado al especialista en reportazgos sobre tráfico de marihuana, contrabandos de chinos, y matones de puñales filudos, para deleite espeluznante de los lectores de **El Demócrata**; o a la víctima de contactos “metasíquicos” con fantasmas y trasgos que le daban duchas heladas, y con las “serpientes emplumadas, elefantes con espejuelos o ratones con paraguas”, que azoraban sus noches turbias; o al extático en paladeos de la toponimia tarasca maya —Yuririapúndaro, Parangaricutiro, Chichén Itzá, Labná, Tulum...—; o al acróbata en alteraciones conversables, para espantar al burgués y alegrar al iniciado —“Mínusculo lumínico adminículo”...—; o al catador de nuestros “representativos” más surtidos: —“Sé quiénes son y cuánto valen sus poetas, sus escritores, sus artistas, sus generales, sus ladrones, sus asesinos, sus políticos. Los tengo muy bien catalogados!”... Y así también apunta ya sobre él un fértil anecdotario —miseria y mag-

nificencia, hondura cordial, defensiva astucia...—, y una flor de epigramas y sonrisas: —“¡Qué le parece amigo! Se va a acabar el Capital en lugar de llamarse Colón, se hubiera llamado Colín?...” —“¡Qué le parece amigo! Se va a acabar el Capital... y nosotros que nunca lo hemos conocido!”...—

Pero más que seguirlo en sus andanzas, a menudo resbaladizas o tenebrosas, cúmplenos destacar sus valores perennes y memorables: el Periodista excepcional, de los editoriales ágiles y potentes, sanos y valerosos, al servicio de la libertad y de la honradez; el Crítico penetrante y elegantísimo, del que recordaremos siquiera —¡habrá tantas otras!— su esencial apreciación de la poesía religiosa de Alfonso Junco, y que es a nuestro gusto la mejor, sin excluir las más ilustremente firmadas, de cuantas ilustran su **Posesión**; y sobre todo —porque esto fue en su entraña más honda—, al Lírico que alcanzó, sin hacerse la menor publicidad ni editar él por sí mismo un libro, a verse en las Antologías no solo de Colombia, sino también de Méjico y de todo el Mundo Castellano, como uno de los más altos nombres del Modernismo.

Tiene el Poeta — él mismo se analizó —, “sangre clásica, romántica y simbolista”, reconociendo sus primeros autores en Silva, en nuestro

Uribana, y en Guillermo Valencia — “a quien yo considero un grandísimo poeta y maestro de la forma” —, y sus mayores maestros en Darío y en Poe. Mas es, al mismo tiempo, originalísimo, con su “yo pomposo, yo romántico, yo engreído, yo delirante, yo prestidigitador”, sin que nada de esto — muy real — turbe su aristocracia y decoro, muy de abolengo clásico y colombiano, y sin que el dibujo perfecto, la noble melodía y el prócer idioma dejen casi nunca empañar su timbre y claridad de cristales, ni cuando “se abandona (son palabras suyas) a las ráfagas de la pasión, penetra en las más lóbregas comarcas del dolor humano, asume torturas extrañas como si fuesen propias, y las expresa en raptos líricos, apasionados, de insólita sinceridad”. Religiosa y filosóficamente, su labor impondrá sin duda graves reservas; pero estéticamente, su lirismo es de los más puros y auténticos; y su obra, aunque tan breve — sólo dos libros, que en parte coinciden, formados ambos por manos amistosas: *Canciones y Elegías*, Méjico 1932, y *Rosas Negras*, Guatemala, 1933, este con prólogo del autor —, basta a situarlo entre los Príncipes de la Poesía Americana.

Todo esto, sin embargo, se ha dicho y se dirá en historias de la Literatura. Mas nos urge añadir nuestro testimonio — humilde, pero inmediato

y veraz —, de la talla del Hombre y del Cristiano en la hora grande que eterniza las actitudes.

Una noche, reunidos a la limpia mesa de Alfonso Junco, habíamos visto por primera vez su carne mortal: su largo rostro, enjuto, cetrino y pálido; sus largos brazos y sus largas manos fúnebres y elocuentes; y sus fúlgidos y oscuros ojos, los más inquietantes y hondos que recordemos. Y tanto los avizoramos, recatadamente, que apenas si atendimos a lo que allí se conversaría. Sólo al salir — volviendo juntos, en la fría obscuridad, a nuestra Colonia de Santa María, donde él habitaba entonces — le escuchamos bellas y tiernas cosas de su infancia, de sus primeros versos que él, con encantadora ingenuidad y perfecto despego, como obra ajena, nos calificó de “bellísimos” —, y de sus vagos éxodos de siempre, aunque esto en frases de mayor sugerencia que información, como alusiones a un amigo con quien bastasen medias palabras. Eso fue todo, pero — al dejarlo en su habitación — sentimos una vieja amistad por aquel hombre fantástico y cordial, cuando horas antes no éramos sino admiradores abstractos del artista.

Corrieron años sin verlo. Una de sus dotes de fantasma era la facilidad y frecuencia de la perfecta desaparición. Supimos de él, ya cerca del fin, para volverlo a ver en coyuntura solemne. Destrozados los pulmones y atado al duro le-

cho definitivo. Dios había ido — con sus finos acopios del dolor — labrando aquella alma grande, que en sus largos meses de enfermo redescubrió no solo “lo maravilloso de la sencillez” — la delicia de “nada más un caldo con zanahorias y nabos” —, sino también su vieja Fe, eclipsada bajo lo que López Velarde llamó “las tenebrosas anarquías del pensamiento y la conducta”, pero indudablemente nunca extinguida. Así un mes antes — confiando a Neftalí Beltrán que se sentía “muy enfermito” y “moralmente muy mal”, y comentando lo “terrible y desolador” de que la poesía, esté “inerme” para contener “el torrente de la muerte en la Guerra —, proclamaba la urgencia de “restaurar las virtudes cristianas”, y afirmaba la sobrenatural irradiación de la caridad, el desagravio, y la vida espiritual: “¿Qué podemos hacer nosotros contra el bronce y la sangre? Sólo practicar el amor cristiano. Rectificar en nombre nuestro y en el de todos los equivocados. Tratar de ser interiormente lo más perfectos que se pueda”... Mas todavía ya entonces — reducto extremo del humano orgullo — explicaba que él era “católico”, sí, pero “por disciplina y elegancia”...

Sea como fuere, bastó después que algunos amigos, con pura y cariñosa piedad, se lo sugirieran, para que aquel hombre — que Dios sabe cuántos años llevaba lejos de la Casa Paterna —

pidiera el Sacerdote para la filial reconciliación, volcando sus alforjas en el Corazón de Cristo y recobrando íntegra y cándida su veste rota y triste de tanto errar. Y a la mañana siguiente, el 6 de enero, lució la Epifanía para el poeta — Rey Mago que llegaba, este también, a deponer sus cofres y sus penachos ante los infantiles y desnudos pies del Dios con nosotros—.

Allí tuvimos la dicha y el privilegio de hallarnos, acogidos por él — extenuadísimo y fatigado en su lecho, pero muy decoroso y limpio — con un inmediato reconocimiento y una valiente sonrisa. Y lo que vimos, no se puede olvidar. Recibió el Cuerpo de Cristo — viático ya para la eterna jornada, y abrazo paternal que ya jamás habrá de romperse —, con noble compostura y serena emoción; y de súbito rompió en sollozos, y lloró estremecida y dulcemente, velado el rostro entre las trémulas manos. Tras esa unción de lágrimas, ya desahogado, el Sacerdote le preguntó si quería recibir los Santos Oleos, a lo que respondió en voz alta y resuelta: —“Tengo muchos deseos”; siguiendo luego todo el rito con vigilante emoción, reflejada en su faz. ¿Qué sentiría el poeta al sacro toque del bálsamo divino y a las voces eficaces del Sacramento: “Por esta santa unción, y por Su piadosísima Misericordia, perdónete el Señor cuanto hayas pecado con la vista... con los labios y la palabra... con las manos y el tac-

to...”? Sólo sabemos que le oímos decir, como brote de su íntima plenitud, esta palabra digna de confundir la pusilnimitad de tanto cristiano: —¡Qué bella es la Extrema Unción!” Iba después el Sacerdote a impartirle la Bendición Papal, y preguntóle cómo quería que lo nombrara en las oraciones (porque hasta allí, sin pensar en ello, lo había nombrado siempre Porfirio); y entonces él, vehemente y conmovido, le señaló su nombre bautismal: —“Miguel Angel”! Confortado ya con la Indulgencia Plenaria — acabado todo —, nos dijo: “Es un trance muy duro; pero no es tan difícil, y estoy sereno”. Y todavía después, sugiriéndole al oído — casi únicas palabras que cruzamos con él — que pusiera toda su confianza en Cristo, que tiene Corazón de padre y de madre, nos señaló al Señor en su crucifijo de metal y en un pequeño cromo del de Velásquez, y agregó: —“Siempre me ha acompañado”. Al despedirnos, y sabiendo que aún leía en breves ratos, le dejamos un tomito minúsculo de los divinos cantos de San Juan de la Cruz, en que no sabemos ni si haya alcanzado a poner los ojos. Pero el poeta, entre la noche oscura y purificadora de su dolor, podía decir con plena verdad:

**¡Qué bien sé yo la fuente que mana y corre,
aunque es de noche!;**

y su alma, límpidamente vuelta al Amor, había llegado al sosiego,

**dejando su cuidado
entre las azúcenas olvidado...**

Murió en la madrugada del día 14 de enero, no sin haber renovado el 11 su Comunión eucarística, y asistido por el Sacerdote hasta dos o tres horas antes del desenlace; del fin obscuro y del radiante Principio. Días anteriores — nos refiere nuestro amigo Octaviano Valdés —, daba disculpas, entre su respiración asfixiada y su desgarrante tos, “por aquella agonía tan poco gallarda”. Mas si en el teatral decoro no evocaba **La Muerte del Poeta** — muy erguido en su lecho y acompañándose de su lira — con que el lápiz romántico ilustraba ese poema de Lamartine, la suya fue en verdad una muerte admirable y envidiable, y hasta — para decirlo con su epíteto — gallardísima. No “el terror de un hombre sin fe, que es fiero y rencoroso ante la muerte”; sino la serena valentía del cristiano entero — del que lo es no por fría “disciplina” o frívola “elegancia”, más por el ímpetu integral de su sér —, que ve en la muerte el vuelo a la vida.

En este luminoso fin de su existencia que lo hacía temer muy diverso, acaso quepa vislumbrar — aparte de la Infinita Misericordia — el soberano premio a aquel misericordioso que, aún en sus horas de mayor miseria moral y material, tuvo un corazón abierto para aliviar al más desvalido,

y también a aquel caballero de la rectitud, que — aún careciendo de ella en sus costumbres — llegó a servirla valientemente en su labor periodística, sin arredrarse ante la cólera del poderoso. Y esta misma armonía final — no escrita sino vivida —, es a su vez la rectificación suprema de cuánta disonancia pueda entristecernos en su vida y en sus poesías.

Si en ésta se ha podido señalar, como uno de sus tópicos centrales, “la afirmación única, límpida y amarga de la desesperación y la nada individual”, aquí se afirman — dulces — la esperanza y la plenitud. Y si antes eran tuyas “las esferas en que la conciencia humana volteja sin Dios, sin rumbo, y llena del pavor indecible del cosmos”, ya alzóse, y nos llevó tras sí, a las otras — celestes — en que el alma vive con Dios, seguramente orientada, y rebotante de la alegría inefable de la Creación.

Había escrito el poeta, en versos de pavoroso vacío:

**En nada creo, en nada... Como noche iracunda,
ciega del huracán, así es mi nada...
...Y a ritmo y ritmo el corazón parece
decir muriendo: ¡Nada! ¡Nada!;**

mas ya ha vuelto a su boca — y a toda su alma,
en la integridad de sus potencias — el Creo en

Dios Padre..., y la música auroral de su corazón es ya el sollozo jubiloso del Poeta de Asís:
¡Mi Dios y mi Todo!

Había también escrito, en su testamentaria **Canción sin nombre**:

Decid cuando yo muera... ¡y el día esté lejano!:
—Soberbio y desolado, lúbrico y turbulento,
de mortales deliquios en tiniebla insaciado,
era una llama al viento;

pero —al llegar tal día— no podemos sino esperar que entró a saciarse en la Luz, ya humilde y jubiloso, puro y pacificado; y más que aquel triste epitafio:

Era una llama al viento, y el viento la apagó,
nos repetimos — divinamente sublimado — otro de sus versos:

De simas no sondadas, subía a las estrellas...

Había suspirado en su Lamentación de Octubre — como dones fatalmente inalcanzables —, por las luminarias de la gloria, el amor sereno y profundo, y el renacer a la inocencia, a la ternura, y a cuanto integra un hombre de verdad:

¡Oh, quién pudiera, de niñez temblando,
a un alba de inocencia renacer!

...Pero la vida está acabando,
y ya no es hora de aprender...;

mas hoy, todo eso lo halla en Dios el cristiano, dejándonos mensaje de vital esperanza. Que aunque la vida esté acabando — mientras no acabe —, siempre es hora; que nunca es tarde para volver a ser “un hombre de verdad” —, por sobre los días sórdidos y lúbricos, por sobre los huertos prohibidos en que se haya robado el fruto de las tinieblas, por sobre las más hondas y letales desgracias. . .

Había también expresado en su honda **Canción de la Vida Profunda:**

Hay días en que somos tan lúgubres, tan lúgubres, como en las noches lúgubres el llanto del pinar; el alma gime entonces bajo el dolor del mundo, y acaso ni Dios mismo nos pueda consolar. . . ; pero él, que tanto supo de sol, ya desmintió — en su larga enfermedad, que sólo Dios pudo alentarlo, y más en el duro trance postrero — aquella desconfianza en el Omnipotente consolador.

Ya consumió el Poeta su maravillosa **Canción**, y al cabo de los días — tan móviles, tan móviles — vivió en la propia muerte su última estrofa: **Mas hay también, oh tierra, un día, un día, un día en que levamos anclas para jamás volver. . . Un día en que discurren vientos inexorables, un día en que ya nadie nos puede detener!;**

pero al arrebatárnoslo esos vientos inexorables,
vimos cómo él,

que parecía triste hasta la muerte,
se fue en la muerte sonriendo,

como a futuras bodas convidado
cuyos fulgores no obscurece el día...

Y el que antes desoladamente gimiera: ¡Nunca sabremos nada!, nos dio desde esta playa — y al partir a intuírlas — las respuestas eternas a las preguntas que lo hacían ascender, ya en latente fervor de adoración, por el hielo de luz de La Estrella de la tarde:

¿Quién me da los carbones irreales
de mi ardiente pasión, y la resina
que efunde en mis poemas su fragancia?...
Nunca sabremos nada... Y sin embargo,
¿qué mística influencia
vierte en nuestros dolores su bálsamo radiante?
¿Quién prende a nuestros hombros
manto real de púrpuras gloriosas,
y quién a nuestras llagas
viene y las unge y las convierte en rosas?.....

Dirige la Colección y la compila:

JAIME SERNA GOMEZ